

ANTONIO FONTANA

Sol poniente

PREMIO MÁLAGA
DE NOVELA 2017



Índice de contenido

Portada

Principios

Cuchillas, sogas y un amplio surtido de venenos

El Pico de las Ánimas

Pájaro sin vuelo

La Cuesta de los Ahogados

El azul de las flores de los jacarandás

El cielo en un espejo

Finales

1906

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A mi abuela Carmen,
otra vez,
siempre

Aziz, ¿ha calculado lo que va a costarle esta excursión?

E. M. FORSTER

Pasaje a la India

Aunque hayan pasado miles de años, sigue siendo el olor de las higueras de las tardes de mi infancia lo que me desvela en las negras madrugadas, como si durante mi sueño hubieran echado raíces al otro lado de la puerta, en el pasillo, en la cocina, por todas partes, el dormitorio de repente un revuelo de insectos, de recuerdos que hay que espantar a manotazos hasta que se posan de nuevo sobre el polvo de los muebles o en la bruma del espejo donde estamos todos vivos: si apoyo la frente en el azogue, mi padre un puntito que se aleja entre las olas; si retrocedo unos pasos, mi madre asomada al balcón diciendo adiós, adiós; si fuerzo la vista, yo una noche de terral, dormido en el autobús que me trae de vuelta a casa desde el Pico de las Ánimas, el vaho en el cristal de la ventanilla confundándose con el vapor de la olla que mi abuela se enorgullecía de no haber fregado nunca, «De col está, de coles va», una manera como otra cualquiera de decir que si se había pasado la vida haciendo potaje en aquella olla, y esa semana también iba a hacer potaje, y potaje haría, seguro, la próxima semana, ¿por qué perder el tiempo fregándola? No había que ser Einstein para deducir que el poso del potaje de las semanas y meses y años anteriores se mezclaría con el potaje de esa semana, y que la combinación de toda aquella grasa potenciaría el sabor del potaje de la semana entrante, y así potaje tras potaje, hasta que un día, aunque se le olvidara echarle, no sé, garbanzos, nadie se daría cuenta, pues el potaje seguiría sabiendo a potaje y a garbanzos gracias a que la olla tenía lo que mi abuela llamaba sustancia; y yo nos imaginaba a ella, a mis padres, a mis hermanos y a mí sentados a la mesa del comedor, los siete masticando garbanzos inexistentes que se desharian en la boca como los de verdad.

Lo mismo que con el potaje ocurría con el café de cada desayuno, más concentrado que el café del desayuno anterior.

La cafetera, cada mañana, con más roña que la mañana anterior. Por dentro, las paredes de la cafetera ya no lisas; por dentro, las paredes de la cafetera, grumosas. Mugrientas.

Posos, capas, estratos de café en el interior de la cafetera de la casa de mi infancia, que mi abuela también se negaba a fregar.

Si hubieran decidido someter la costra de suciedad de nuestra cafetera a la prueba del carbono-14, sabe Dios a qué conclusiones habrían llegado los científicos. A qué época. A qué era.

El holoceno. El pleistoceno. El plioceno.

El café de la casa de mi infancia, un café atómico.

Te tomabas una taza, y fuego por las venas. Te tomabas dos tazas, y un subidón de adrenalina. Te tomabas tres, y taquicardia.

¿Sería por eso por lo que nadie venía a vernos?

Principios

Cuando, con un año de diferencia, nacieron mi hermano Sebas y mi hermano Bruno, nuestra casa se llenó de parientes, de amigos de la familia y de eso tan antiguo que llamábamos «visitas»; también de risas y de ramos de flores.

Cuando nació mi hermano Curro, recuerdo a los parientes, a los amigos y a las visitas, pero de las risas y los ramos de flores no consigo acordarme. Nadie nos dio la enhorabuena.

Nuestra casa se pobló como de sombras. Espectros que se asomaban al precipicio de la cuna y suspiraban.

Más que de sombras, de lo que se llenó nuestra casa fue de suspiros.

«Que Dios se lo lleve pronto.»

«Pobre angelito.»

«Tenéis que ser fuertes.»

Hasta que, poco a poco, las sombras desaparecieron. Los parientes, los amigos, las visitas.

No, no fue el café de mi abuela el culpable de que ya nadie viniera a vernos.

«A este niño lo saco yo adelante –juraba mi abuela. Y añadía, como mujer devota que era–: Santa Cojona Bendita.»

Mi abuela, ahora, sonrío en blanco y negro.

Mi abuela ya no mi abuela: mi abuela, las cenizas de mi abuela. Un nicho entre cientos de nichos, un búcaro, unas flores de plástico.

Descanse en paz.

Mis visitas al cementerio son tan escasas que siempre se me olvida cuál es el nicho de mi abuela y cómo llegar hasta él, así que siempre –siempre– tengo que pedirle un plano al sepulturero. Como es cojo y se apaña mal con las muletas, el sepulturero prefiere moverse lo menos posible y guarda los planos fotocopiados en un cajón, de donde los va sacando para marcar con una equis el pariente que buscas. Entonces, plano en mano, busco a mi abuela como si buscara un tesoro.

Mi abuela diciendo: «Niño, tienes mala cara, ¿seguro que comes bien? Recuerda que el desayuno es la comida más importante del día».

Mi abuela, encantada de que tuvieras mala cara, aunque lo tuyo no fuera nada, absolutamente nada, comparado con lo suyo. Lo suyo siempre era peor, muchísimo peor. Peor, incluso, que lo de mi hermano Curro.

Un análisis de orina acababa de demostrar que se estaba muriendo a chorros, por eso mi abuela sonrío en la foto con la que decidimos decorar su pequeña «parcela» del columbario, como la llamaba mamá. «La urbanización», la llamaba mi padre con sorna: «Vamos a la urbanización de la abuela, así le hacemos kilómetros al coche».

Qué sonrisa la de mi abuela mientras agitaba el informe del ambulatorio y nos lo restregaba por las narices:

–Tengo velocidad en la sangre, ¿lo veis? –Y volvía a leer–: «Velocidad de sedimentación en sangre», aquí lo pone bien

clarito. O sea, que la sangre me circula por las venas a mil por hora, lo mismito que un Ferrari. ¡Podría darme un jamacuco en cualquier momento! –Le brillaban los ojos, ¿sería de orgullo?–. Y vosotros os creíais que eran imaginaciones mías...

Y yo:

–Pero abuela, si todos tenemos velocidad en sangre.

–Qué sabrás tú. ¿Acaso eres médico? No, ¿verdad? Pues a callar.

El resto del día lució aquella sonrisa con la que nos desafiaba en la hora de su muerte. Por eso la inmortalicé con la Kodak de mi Primera Comuni3n, para recordarla después; como también recuerdo, no se me olvida, la que me dedicó cuando rescaté para ella la vieja postalita del Pico de las Ánimas. Mi abuela tan poco dada a la felicidad desde que mamá le obligó a abandonar su casa en aquellas calles en cuesta y a venirse a vivir con nosotros; quizá no haga falta puntualizar: sin consultárselo a papá.

Cada mañana mi abuela amanecía con una enfermedad nueva. ¿Que el dolor de espalda le había impedido dormir? «Se me está desmoronando el esqueleto.» ¿Que por culpa de un flemón no había pegado ojo? «Tengo cáncer en la boca, ¿os apostáis algo?» ¿Que durante la comida había rebañado el tuétano de los huesos del cocido? «Sufro el mal de las vacas locas.» Como mínimo.

Mi abuela, entretenida con la gangrena que avanzaba por su pierna derecha y por su pierna izquierda, a ver cuál de las dos le amputaban primero, o fascinada por los miles de virus que chapoteaban en el agua bendita de la pila de la iglesia en la que cada domingo sumergía la mano antes de persignarse e invadir de microbios su vestido y su organismo. «Mira que le tengo dicho al párroco que no está de más que hierva el agua –rezongaba–. El que evita la ocasión, evita el peligro.»

Mi abuela coleccionando dolencias como quien colecciona ceniceros robados en las habitaciones de los hoteles. El cáncer

era su enfermedad favorita. ¡Había tanto donde elegir!: de estómago, de páncreas, de colon, de piel. El cáncer, más que una enfermedad, un bufé libre.

Mi abuela, hipnotizada delante de la tele, devorando episodios de *Dr. Kildare* y descubriendo el mal de Seyffertitz y el mal de Creutzfeldt-Jakob y la mortífera variedad de Knäckebröd, que te envía a la tumba al primer estornudo. Mi abuela aprendiendo a deletrear los nombres de nuevas infecciones que sirvieran para explicar su falta de apetito o su excesivo apetito, la rigidez de sus articulaciones, su sordera, su malhumor. Mi abuela aconsejando que le hicieran un TAC a mi hermano Curro cada vez que se caía al suelo. Y eso que mi hermano Curro se caía al suelo cada dos por tres. Prácticamente vivía en el suelo, mi hermano Curro.

Mi abuela quejándose: «Nos han alargado la vejez, no la vida». Protestando: «Me estoy muriendo de pie y no me hacéis caso». Suspirando: «Ya os acordaréis de mí cuando lleguéis a mi edad, ya». Y tras una pausa dramática: «Si llegáis».

Lástima que no viviera para ver *Urgencias* y *Hospital Central* y *House* y *Anatomía de Grey*. Se habría sentido en la gloria.

No murió del mal de Sans-Gêne ni del mal de Kungsholm; tampoco del peligrosísimo mal de Schleswig-Holstein, que se diferencia de Schleswig-Holstein, el Estado federado alemán, en una ese de más.

Murió de vieja, mientras dormía. Soñando, quizá, con su casa en el Pico de las Ánimas. O puede que con un cáncer de lengua o de laringe. O con el sarcoma de Feyder. O con el síndrome de Schlee. Cualquier enfermedad que le hiciera la vida no más interesante, sino, simplemente, interesante. Cualquier dolencia que superara en gravedad a las de sus amigas.

La Perruna. La Top Secret.

De entonces es este informe médico que transcribo tal cual:

FRANCISCO CRESPO MARTÍN

Nace el día 15 de octubre de 1968 a las 0 horas 20 minutos en el Sanatorio Parque San Antonio de Málaga, asistido el parto por el Dr. Moreno Roca y la Matrona Srta. Alicia Castillo. Parto con suero, pentotal, etc.

Durante el día 16, y a la vista de un acentuado color amarillo que va en aumento sobrepasando los límites de una ictericia propia del recién nacido, se piensa en el factor Rh, investigándose en la madrugada del mismo día los valores de BILIRRUBINEMIA con los resultados de: Directa = 1,30 mg/dL, Indirecta = 15,50 mg/dL, Total = 16,80 mg/dL. A la vista de valores límites, se trata con Dacortin, Luminal y sulfato de estreptomicina.

El día 17, a las 11 de la mañana, se le practica una exanguinotransfusión de 1.200 cc por el Dr. Moreno Roca. Esta transfusión se practica por el cordón umbilical, que se encuentra infectado, al no poder verificarse por otro conducto. Se le inyecta penicilina y estreptomicina, y a la vista de que esta última no responde, se cambia por kanamicina.

Desde el día de la transfusión pasa a la incubadora y permanece allí hasta el día 23. En cuanto a temperatura, va oscilando y llega a tener 39,5° - 40° C, que poco a poco va

cediendo con antitérmicos y los citados antibióticos.

El día 19 de octubre se repite la BILIRRUBINEMIA con buen resultado: Directa = 7,25 mg/dL, Indirecta = 7,65 mg/dL, Total = 14,90 mg/dL.

El día de la transfusión se apreció en el niño un opistótonos y unos pequeños espasmos que cedían con Luminaletas. Posteriormente se observa en el niño un nistagmo ligero y ojos en sol poniente.

Un derroche de prosa, este informe médico.

Todo lo que recuerdo es real, pero no sé si ocurrió.

Tampoco sé si soy yo ese niño de siete años que una mañana o una tarde de octubre de 1968 entra en la habitación 315 del sanatorio Parque San Antonio de Málaga de la mano de su padre.

A mi padre le suda la mano. ¿O es a mí a quien le suda la mano?

El día 15, festividad de Santa Teresa, nació Curro, el tercero de mis hermanos; el cuarto hermano Crespo, contándome a mí. El día 17 pasó a la incubadora, que abandonó el 23. Como aún tardarán en darle el alta, hoy he ido a verlo. A conocerlo. Por fin.

Ignoro el motivo de que mis otros dos hermanos, Sebas y Bruno, no hayan venido con papá y conmigo. ¿Quizá porque este es un recuerdo inventado?

Y mi hermano Curro en la cuna. Dormido. Sus ojos sepultados bajo miles de diminutas legañas amarillas que le cubren por completo los párpados. Pero mi madre no se levanta de la cama para limpiárselas. ¿Por qué nadie se las limpia?

Las legañas de los párpados de mi hermano Curro parecen costras. Escamas que ocultan sus ojos, eso es lo que parecen las legañas que cubren los párpados de mi hermano Curro.

Los párpados de mi hermano Curro como los párpados de un lagarto. Como los párpados de un dragón.

Mi hermano Curro un bebé legaña, un bebé lagarto, un bebé dragón. Qué bebé más raro, mi hermano Curro.

Octubre, es octubre, una mañana de octubre, o una tarde, qué importa cuándo, y el niño de siete años que quizá sea yo, asustado; el niño de siete años que quizá no sea yo, escabulléndose de la habitación 315 del sanatorio Parque San Antonio de Málaga. Entrando en habitaciones blancas, la 314, la 313, la 312, entrando en habitaciones vacías, la 310, la 307,

la 297, entrando en habitaciones ocupadas por otras mujeres a punto de dar a luz o con un bebé ya en los brazos, la 295, la 294, la 290.

Visitantes, ramos de flores, conversaciones. Risas.

La habitación 287, la habitación 281, la habitación 276.

«Niño, ¿se te ha perdido algo?»

La habitación 273, la 272, la 264.

«¿Te has perdido, niño?»

Y el niño de siete años que puede que sea yo pero que quizá no sea yo, entrando en la capilla, y en la capilla, sobre el altar, una leyenda que sólo desde el futuro soy capaz de descifrar: *Dios está aquí*. Aunque la única que «está aquí», conmigo, sea una mujer arrodillada frente al altar. De espaldas a mí.

Mi abuela.

Rezando.

–Señor, llévatelo –murmura.

¿Mi abuela? ¿La misma mujer que dentro de unas semanas o de unos meses dirá: «A este niño lo saco yo adelante, Santa Cojona Bendita»? ¿Seguro que es mi abuela?

–Señor, ten piedad, llévatelo.

¿Y yo? ¿Soy yo ese niño de siete años temeroso de la posibilidad de que un desconocido –un señor– venga a llevarse a Curro?

«Pequeños espasmos.» Hoy estas dos palabras del informe médico emitido por el sanatorio Parque San Antonio de Málaga me aterran. También me aterra el término «opistótonos»; para quien no lo sepa –y cito–: «La postura característica de los que sufren una infección por *Clostridium tetani*. Reconocible por la contracción continuada o rigidez de los músculos de tal manera que el cuerpo queda curvado hacia atrás en forma de C invertida (cabeza y pies hacia atrás)».

Mi hermano Curro acababa de nacer y ya lo estaban devorando las palabras. Palabras como «opistótonos». Palabras como «nistagmo»: «Oscilación espasmódica del globo

ocular alrededor de su eje horizontal o de su eje vertical, producida por determinados movimientos de la cabeza o del cuerpo y reveladora de ciertas alteraciones patológicas del sistema nervioso o del oído interno».

–Lucas.

Una voz detrás de mí. Mi padre. Llamándome:

–Lucas, ¿dónde te habías metido?

Es evidente dónde, pero así hablamos todos, todo el tiempo: preguntando lo que no hace falta preguntar porque sabemos la respuesta. O porque la respuesta importa poco.

–Vamos, es hora de irnos.

Y la mujer arrodillada ante el altar volviéndose para descubrir quién habla; quién más está aquí, con ella, aparte de Dios. Y la puerta de la capilla cerrándose despacio mientras papá y yo salimos. La puerta de la capilla cerrándose antes de que yo alcance a ver el rostro de esa mujer. ¿Mi abuela?

Pero si se trata de mi abuela, ¿cómo es que papá y ella no se han saludado? ¿Será que no se han visto? ¿O será que disimulan y ya empiezan a incubar ese odio mutuo que sentirán dentro de unos años, cuando se vean obligados a convivir bajo el mismo techo?

La memoria. Ese rompecabezas al que siempre le faltan piezas porque un soplo de aire las dispersa y hay que buscarlas debajo de las camas, dentro de la nevera, por todos los rincones.

Siempre caprichosa, la memoria. Adornando, añadiendo, inventando. Quitando y poniendo a su antojo. Un detalle aquí, una pincelada allí.

Mintiendo con descaro, la memoria. Tirando tabiques e incluso vigas maestras y cimientos y todo lo que encuentra a su paso; comunicando unas estancias del cerebro con otras a través de sótanos y pasadizos; cambiándote de sitio el mobiliario, la decoración, los recuerdos. Para que tropieces con ellos.

La memoria como empresa de reformas.

Esperábamos el autobús del colegio enfrente de nuestra casa. Mis hermanos y yo.

Muertos de vergüenza, esperábamos. Porque mamá tenía la costumbre de asomarse al balcón y saludarnos con la mano.

Adiós, adiós.

Y nosotros, antes de salir de casa por las mañanas: «Mamá, no te asomes, ¿no ves que te van a ver los demás niños?»

Pero nada: mamá, fiel a sus costumbres. Asomándose al balcón. Un día y otro día y otro día. Tirándonos un beso, muchos besos.

Adiós, adiós.

Y nosotros, antes de cerrar la puerta y llamar al ascensor: «Mamá, no te asomes, ¿no ves que ya somos mayores?»

Cuando nació mi hermano Curro, igual. Mamá en el balcón. Cada día. Pero ya no sola: ahora con Curro entre los brazos. Agitándole al bebé una de sus manitas. Como si el bebé estuviera saludándonos. Como si estuviera deseándonos buena suerte, el bebé.

Adiós, adiós.

Y nosotros abajo, en la parada del autobús del colegio. Abochornados. Disimulando. Nuestros ojos desviando la mirada. Nuestras caras ardiendo, de tan rojas y encendidas.

Queriendo volvernos invisibles, mis hermanos y yo. Creyéndonos demasiado adultos para que nuestra madre y nuestro hermano menor nos lanzaran besos desde el balcón. A la vista de nuestros amigos.

Y nuestros amigos contemplando la escena divertidos y con ese puntito de mala leche sin el que la infancia no sería la infancia. Mientras, el autobús del colegio, a miles de kilómetros de allí; en otra provincia, el autobús del colegio.

Nuestros amigos, cuyas madres no se despedían de ellos; al menos, no en público, delante de toda la parada del autobús, de

toda la calle, de Málaga entera. Mientras el autobús del colegio seguía sin venir.

Despectivos, nuestros amigos. Curiosos. Mientras el autobús del colegio no es que tardara en llegar: es que no iba a llegar nunca.

Nuestros amigos sin apartar la vista del balcón donde mamá agitaba la mano del bebé como si fuera la mano de un muñeco de trapo. Mientras el autobús del colegio cruzaba calles y avenidas con la pesadez de Godzilla.

Nuestros amigos. Una sonrisa en sus labios, una pregunta:

—¿Vuestro hermano menor es bizco?

Nuestro hermano menor. Su lentitud. Sus gestos blandos, como de goma. Su risa espesa. Un borboteo de cañerías, su risa.

Si te escondías detrás de él y dabas una palmada —fuerte; más fuerte—, ni se inmutaba. Nuestro hermano menor sin girar la cabeza preguntándose qué habría sido aquel ruido.

Si movías el dedo índice delante de sus ojos, tampoco lo seguía con la mirada. Los ojos de nuestro hermano menor, en sol poniente.

Pero ¿bizco?

Qué estupidez.

«Que tu mente quiera y tu cuerpo no pueda, eso es hacerse viejo», decía mi abuela, y la Perruna y la Top Secret asentían muy serias, reunidas las tres en torno a la mesa camilla del cuarto de estar de la casa de mi abuela o de la casa de la Perruna o de la casa de la Top Secret. Variaba la mesa camilla y variaba la casa; lo que no variaba eran los niños que, en el suelo, fingiéndose atareados con sus indios y sus vaqueros, parecían no escucharlas a medida que la tarde iba llenando de sombras el Pico de las Ánimas, donde las tres amigas vivían.

Era a mi abuela a la única que se oía en aquellas sobremesas que duraban hasta la noche. Y si la Perruna lograba meter baza –cosa impensable en la Top Secret, de ahí su apodo–, no dudaba en interrumpirla con un «Rapidito, que es gerundio». Porque lo que la Perruna tuviera que contar sólo nos interesaba a los demás, pero no a mi abuela: a mi abuela sólo le interesaban sus propios recuerdos, sus propias opiniones, sus propias enfermedades; y, por extensión, las enfermedades de su nieto Curro, demasiado pequeño para que mamá nos permitiera subir con él hasta allí.

Ahora que lo pienso, aquellas conversaciones a las que mis hermanos y yo asistíamos algunas tardes, a la salida del colegio, mientras jugábamos en el suelo con nuestros indios y nuestros vaqueros, no eran más que monólogos. Por algo la Perruna llamaba a mi abuela La Voz Cantante. Cuando no andaba cerca.

Un suspiro inauguraba sus soliloquios. «Las uñas de los pies», suspiraba mi abuela, por ejemplo, y meneaba la cabeza a derecha e izquierda, como si no diese crédito a lo que iba a relatar a continuación; aunque lo que fuera a relatar a continuación nos lo supiéramos de memoria: La Historia De La Visita Que No Anunció Su Presencia Con Un Golpe De Nudillos En La Puerta O Pulsando El Timbre.

La vejez. Aquel terror.

Sentada en el taburete del cuarto de baño, con una pierna cruzada sobre la otra y las puntas de sus tijeritas de aseo masticando el aire mientras intentaban apresar una uña, mi abuela lo comprendió: se había hecho vieja de repente. Las arrugas habían sido un anuncio; las canas, la papada. Pero ese día comprobó lo mucho que le costaba arreglarse las uñas de los pies. Porque su cuerpo ya no se curvaba, flexible, como antes. Y porque la vista ya no le alcanzaba. Qué dolor, ese día, al cortarse un trocito de carne que confundió con una uña.

Y lo extraño no fue que sus pies empezaran a dejar manchurrónes de sangre en las sábanas; lo extraño fueron los montoncitos de tierra que empezó a descubrir al hacerse la cama por la mañana. «Creo que es mi cuerpo descomponiéndose», aventuraba mi abuela. Un ligero carraspeo y: «A partir de cierta edad, nos vamos volviendo de roca, de piedra, de arena». Con la voz con la que contarías un secreto: «Es como si regresáramos al estado mineral». Y la Perruna y la Top Secret, entre temblores y escalofríos, prometían que esa noche sin falta, antes de meterse en la cama, sacudirían sus sábanas en busca de arena, qué espanto. Y mi abuela, tras una pausa dramática: «Ya lo dice la Biblia: “Polvo eres y en polvo te convertirás”», sus palabras flotando en medio de la oscuridad que había ido saliendo de debajo de los muebles hasta invadir la habitación, pues ninguna de las tres encendía la luz hasta que era estrictamente necesario. Mujeres ahorradoras, ni siquiera merendaban: les bastaba con prolongar el café del postre; y a la Top Secret, con relamer la cucharilla de cuando en cuando, los ojos cerrados, en trance.

Los únicos que merendábamos éramos nosotros, los niños. Durante lo que mi abuela llamaba La Pausa. «Y ahora, si no os importa, haremos una pequeña pausa, que los críos tendrán hambre», anunciaba. Y si no estábamos en su casa, rebuscaba en el fondo de la cesta de mimbre que llevaba a todas partes.

La cesta de la merienda. Con su barra de pan y su orza de barro.

Nada de pan con chocolate: merendábamos chorizo en manteca. Sacando de la orza un chorizo, mi abuela nos preguntaba: «¿Con pringue o sin pringue?» Y si le contestabas que sin pringue, se metía el chorizo en la boca, lo chupeteaba a conciencia y te lo ofrecía entre pan, limpito de grasa.

No duraba demasiado, La Pausa. Y a continuación, fingiéndose desmemoriada: «¿Por dónde íbamos?» Y enseguida: «Ah, sí, ya me acuerdo». Una tosecita y, apropiándose de las palabras de Josep Pla, a quien nunca había leído: «Empezamos a morirnos por los pies», y la Perruna y la Top Secret asentían con gravedad, como nuestros indios y nuestros vaqueros y nosotros mismos, todos compadeciéndonos de aquella mujer que, a juzgar por el polvillo que sacudía de sus sábanas cada mañana, iba convirtiéndose lentamente en roca, en piedra, en arena, y cuyos pies imaginábamos calzando zapatos de números cada vez más pequeños, el treinta y ocho, el treinta y siete, el treinta y seis, los pies de mi abuela encogiendo, menguando, desapareciendo a medida que los filos de sus tijeritas de aseo masticaban juanetes, piel, durezas. Hueso. Mi abuela amputándose pedacitos de carne que su maltrecha vista confundía con sus uñas, pobre, pobre abuela.

Niños de barrio, eso éramos. Niños del barrio de los pasajes.

El pasaje San Fernando, el pasaje Noblejas, el pasaje Lapeira: nuestro territorio. El pasaje Valencia, al otro lado de la cicatriz del río, aún tardaríamos unos años en descubrirlo; ese y otros pasajes. O el puerto.

De momento, nos conformábamos con nuestro pequeño mundo, del que también formaba parte la red de pasillos interiores que, como un largo túnel, conectaba los edificios de ladrillo visto construidos a orillas de la estación del tren. Nuestro pequeño mundo, después de todo, no tan pequeño.

Que el barrio estaba agujereado, decíamos. Y algunas tardes, al salir del colegio, bajábamos a los pasajes a jugar.

Lejos del Pico de las Ánimas y de las faldas de la mesa camilla de mi abuela o de la Perruna o de la Top Secret, terminamos convirtiéndonos en unos hombrecitos; es decir, en unos salvajes. Una pandilla de gamberros, la nuestra; de la que sólo se salvaban mi hermano Curro y Sissi Emperatriz.

Con mi hermano Curro no había problema. Lo bajábamos a la calle, lo colocábamos bien tieso contra la pared, y en el mismo rincón en el que lo dejábamos, nos lo encontrábamos al cabo de unas horas. Riéndose solo. Llorando. Según los días.

A mamá le decíamos que lo cuidábamos, que por supuesto que lo cuidábamos. «No le quitamos ojo en toda la tarde», le jurábamos a mamá. Pero lo cierto es que no hacía falta vigilarlo. ¿Quién iba a querer llevárselo? Era evidente que un secuestrador en su sano juicio elegiría a cualquier otro niño antes que a mi hermano Curro. Y saltaba a la vista que papá y mamá jamás pagarían un rescate por mi hermano Curro. Ni locos.

Y luego estaba Sissi Emperatriz, cuyo nombre, si lo supe, lo he olvidado.

Un repipi, Sissi Emperatriz. Un niño al que sus padres habían llevado al cine a ver *Sissi* y desde entonces, para desgracia nuestra, no tenía más que un tema de conversación: Romy Schneider y los ojos azulísimos de Romy Schneider y el tormentoso romance de Romy Schneider con Alain Delon y los trajes que lucía Romy Schneider en *Sissi* y los castillos en los que vivía Sissi y las fiestas a las que asistía Sissi y la madre que parió a Sissi.

Ahora que lo pienso, Sissi Emperatriz no tenía un solo tema de conversación: tenía miles.

Sissi Emperatriz poniendo morritos y gesticulando y contoneándose e incluso a punto de sacarse un abanico del bolsillo y desplegarlo con donaire. Como Romy Schneider en el papel de Sissi Emperatriz.

«¿Sabes que Sissi era emperatriz consorte de Austria y reina consorte de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Eslovenia, de Dalmacia, de Galicia, de Lodomeria y de Iliria?», recitaba Sissi Emperatriz con alma de Wikipedia en cuanto te arrimabas a él por error. O: «Ya tengo decidido adónde iré en mi primer viaje como adulto. En mi primer viaje como adulto iré a Baviera, de donde era duquesa Sissi».

«Mi primer viaje como adulto.» ¿He dicho ya que Sissi Emperatriz era un repipi, un niño viejo?

Que además fuera maricón perdido no era lo más grave. Que fuera un puto coñazo, eso era lo más grave.

Como nadie le prestaba atención, Sissi Emperatriz se pasaba las horas muertas hablando solo. Contando –a nadie; al aire– que Romy Schneider era en realidad el nombre artístico de Rose Marie Magdalena Albach-Retty, y que Romy, como él la llamaba cariñosamente, o la Retty, como también la llamaba, arrastraba la pena de haber visto morir a su hijo mayor, de catorce años, atravesado por el filo, en forma de punta de lanza, de una reja que trataba de escalar.

David, el hijo de Romy Schneider se llamaba David, pero Sissi Emperatriz no consigo recordar cómo se llamaba.

Cuando no nos recitaba la vida trágica de Romy Schneider y su más que probable suicidio, Sissi Emperatriz nos relataba con minuciosidad y colorido mil y una escenas, algunas creo que inventadas, de *Sissi* y de *Sissi Emperatriz* y de *El destino de Sissi*. Escenas que, supongo, le habría encantado protagonizar.

Sissi Emperatriz poniendo morritos, gesticulando, contoneándose. Y cuando le pillábamos desprevenido, parando balonazos con la boca.

Algún diente le saltamos, alguno.

No porque fuera maricón, qué va.

Apuntábamos, chutábamos y sólo así lográbamos que Sissi Emperatriz se callara durante el resto de la tarde. Lo que no sé es por qué volvía al día siguiente. ¿Quizá en su casa tampoco lo soportaban?

Otra cosa que me preguntaba entonces era en qué nos parecíamos Sissi Emperatriz y yo. Si es que nos parecíamos en algo.

«Todo está en las cartas», aseguraba la Perruna extendiendo sobre la mesa como un acordeón su juego de cartas del tarot. Las extendía despacio, con el cuidado de quien manipula nitroglicerina.

Adivinábamos su intención de echarnos las cartas no porque las sacara del bolso, que también, sino porque esas tardes –las únicas en que era ella, y no mi abuela, quien llevaba la voz cantante– venía con las uñas pintadas de esmalte rosa chicle, color que, según la Perruna, distinguía a una verdadera pitonisa, una pitonisa profesional, de otra de tres al cuarto. Aunque la Perruna no decía «pitonisa», decía «médium»; y cuando no decía «médium», decía «clarividente» e incluso «quiromántica». Tampoco decía «echar las cartas», sino «leer el tarot»; y «tener visiones» no era «tener visiones», era «entrar en trance».

«¿Dónde has aprendido tú todo eso, si puede saberse? ¿En un curso de brujería por correspondencia? Menuda Clari Vidente estás tú hecha», se burlaba mi abuela. La Perruna, impasible, alzaba las manos para reclamar nuestra atención y con voz cavernosa advertía: «Silencio, que me estoy concentrando». Y mi abuela: «¡Anda, lo mismito que el Bovril!»; pero, por si acaso, mi abuela tocaba madera –las varillas de su abanico–, mientras la Top Secret reprimía un escalofrío y la Perruna acariciaba las cartas como si estuvieran vivas.

Barajando los arcanos mayores y los arcanos menores con la pericia de un tahúr, nos hablaba, por ejemplo, de Grace Kelly, a quien, después de abandonar Hollywood, casarse con el príncipe Raniero III y convertirse en la princesa Gracia de Mónaco, una quiromántica le anunció que moriría en un accidente de coche. Y a medida que la Perruna iba destapando cartas, veíamos a la princesa actriz y a su hija adolescente, Estefanía, regresando a Montecarlo desde la residencia familiar

de los Grimaldi en Roc Agel; veíamos el viejo Rover saliéndose de la carretera y cayendo desde una altura de treinta metros; veíamos a la princesa Estefanía alertando a los bomberos y a la princesa Gracia falleciendo veinticuatro horas después sin haber recuperado la consciencia.

«Qué casualidad –nos informó aquella tarde la Perruna mostrándonos la carta de la torre herida por el rayo–: la carretera en la que se produjo el accidente aparece en una escena de *Atrapa a un ladrón*, justo cuando Grace Kelly y Cary Grant celebran un pícnic dentro del coche antes de besarse por segunda vez.» Y en el silencio que siguió al recuerdo de ese beso en technicolor, la Top Secret suspiró con desmayo.

«Para una mujer, los cuarenta son una tortura; el fin», dijo la Perruna que había comentado Gracia de Mónaco. «Aunque, en lo que a la princesa actriz se refiere, el fin llegó algo más tarde –puntualizó nuestra Clari Vidente de andar por casa–: a los cincuenta y tres.» Con la uña de color rosa chicle del dedo índice tap-tap-tap sobre la carta de la rueda de la fortuna: «¿A consecuencia del infarto que le vaticinaron?» Con la uña del dedo índice tap-tap-tap sobre la carta del señor de la gran fuerza: «¿A consecuencia de que la mafia manipuló los frenos del coche?» Con la uña tap-tap-tap sobre la carta del príncipe de las colinas del eco: «¿A consecuencia de la bebida?» Tap-tap-tap sobre la carta de la reina de los tronos del aire: «¿O en realidad era Estefanía quien iba al volante?» Y aquí la Top Secret volvió a suspirar, señal inequívoca de que prefería esta última hipótesis.

«Lo único seguro –recapituló la Perruna descubriendo la carta del señor de la llama y el rayo– es que aquella mañana del 13 de septiembre de 1982 su chófer, Christian Silvestri, tenía listo el Rover 3500 de la princesa, pero ella lo rechazó con un gesto: “Deje, deje, no se moleste, conduciré yo...”, olvidando la predicción de la médium: “Si no cambia sus hábitos con la comida y la bebida, va a sufrir un infarto, y quizá ocurra en un

coche”», las palabras de nuestra Clari Vidente de andar por casa apagándose a medida que iba recogiendo las cartas y las devolvía al interior de su bolso. Otra tarde que nos quedábamos sin que la Perruna nos adivinara el porvenir.

¿Y si no fue estando sentada en el taburete del cuarto de baño, con una pierna cruzada sobre la otra y las puntas de sus tijeritas de aseo masticando el aire mientras intentaban apresar una uña, cuando mi abuela comprendió que se había hecho vieja, sino el día en que tuvo que abandonar a la fuerza el Pico de las Ánimas para venirse a vivir con nosotros? Su exilio, lo llamaba ella. Su destierro. «Dejé atrás tantas cosas –se lamentaba–: toda mi vida.» O quizá se hizo vieja de repente el día en que empezaron a suicidarse las pinzas de la ropa. Porque mi abuela no decía que las pinzas de la ropa se le caían al patio: lo que decía era que las pinzas de la ropa se le suicidaban y que, para tender uno de los calcetines de papá, necesitaba al menos dos pinzas: la que se le escurría de entre los dedos y adiós, muy buenas, y la que aseguraba el calcetín al tendedero; si es que no necesitaba tres. Y lo mismo que con los calcetines le ocurría con las camisas y los calzoncillos y las bragas y los sujetadores. «No gano para pinzas», gruñía asomándose al patio y contando: «Cinco cadáveres, nueve cadáveres, doce cadáveres», una contabilidad de cadáveres que luego retransmitía cada vez que burlaba la vigilancia de mi madre y se apoderaba del teléfono: «Veinte cadáveres, veintisiete cadáveres, treinta y un cadáveres, ¿hay alguien ahí?», su voz transportada por los cables del tendido eléctrico hasta cientos de hogares de Málaga y su provincia, posiblemente de España entera, y nuestra factura del teléfono alcanzando cifras de infarto, hasta que papá cortó de raíz aquella sangría económica instalando un candadito minúsculo que impedía hacer girar el disco del teléfono y nos salvó de la ruina; pero hasta entonces, mi abuela imparable: «Cuarenta cadáveres, cuarenta y ocho cadáveres, cincuenta y dos cadáveres», como si las pinzas fuesen una secta cuyos miembros hubieran resuelto poner fin a sus días lanzándose al vacío. Quién sabe, quizá el suicidio, aunque equivaliese a morir

en pecado, era preferible a la vida eterna que las pinzas vivían allí arriba, junto a mi abuela, mis padres, mis hermanos y yo, obligadas a permanecer en formación toda la mañana o toda la tarde, depende, sujetando la ropa puesta a secar, sin otro consuelo que ver pasar sobre sus cabezas nubes y gaviotas; menuda esclavitud y, sobre todo, menudo aburrimiento. «Yo también elegiría saltar, y no este dolor en las articulaciones que me está matando», protestaba mi abuela. Por culpa de la artrosis, sus dedos se iban deformando y todo le costaba más esfuerzo: pelar patatas, hacer girar el disco del teléfono para marcar números al azar, tender un calcetín. Los dedos de mi abuela, de improviso, negándose a los gestos más simples; los dedos de mi abuela, poco a poco, desertando de las tareas cotidianas: enhebrar una aguja, abrocharse un botón, sostener una pinza. Volviéndose torpes, los dedos de mi abuela: dedos curvados, sarmentosos, que se movían con dificultad, entre chasquidos, y dejaban escapar dos de cada tres pinzas. Tres de cada cuatro. Para regocijo de las ratas del patio, que, según pudo comprobar, comían de todo y no sólo conseguían no morir, sino que, además, engordaban. Mi abuela abasteciéndose en la droguería de pinzas más grandes y, por lo tanto, más fáciles de manejar, y las nuevas pinzas, de plástico, no de madera, despeñándose con idéntico arrojo. Mi abuela asomada al patio, estirando el cuello por si divisaba desde allí el Pico de las Ánimas, inclinándose tanto que se balanceaba sobre el alféizar de la ventana del lavadero, a punto de tomar impulso, mi abuela, a punto de saltar ella también, de suicidarse o echar a volar. «Creo que corro peligro, ¿sabe usted?, es la atracción del abismo», decía interrumpiendo la cuenta: «Trescientos dieciséis cadáveres, trescientos diecisiete cadáveres, trescientos dieciocho cadáveres, ¿me está usted escuchando?», y al otro lado de la línea incómodos carraspeos, expresiones de asombro, insultos o algún educado «¿A qué número llama, si es tan amable?», a medida que en la imaginación de mi abuela

aquel delirio de pinzas iba cubriendo el suelo del patio de la casa de mi infancia como flores de colores, amarillas, verdes, azules, moradas, su voz en el oído de interlocutores anónimos: «Santa Cojona Bendita, qué escabechina de pinzas», y mamá aconsejándole que colgara y, sobre todo, que no se asomase tanto al patio: «El día menos pensado tendremos un disgusto», y mi abuela, a pesar de la atracción del abismo, sumando: «Quinientos noventa y ocho cadáveres, quinientos noventa y nueve cadáveres, seiscientos. Avise a la policía, a las autoridades, ¡a quien sea!», retransmitiendo por teléfono aquella marea de pinzas que subía centímetro a centímetro y en cualquier momento podría alcanzar, a través del hueco del ascensor y de las escaleras, el primer piso, el segundo piso, el tercero, el cuarto, anegándolo todo, el descansillo, nuestra cocina, nuestro comedor, los dormitorios, hasta salir por el auricular que un desconocido sostendría entre el cuello y el hombro, sin prestarle atención, mientras ella seguía, ahora por Las Grecas: «Me estoy ahogando locamenti pero no sé cómo te lo viá decí».

De repente, los hermanos Crespo ya no éramos tres: con Curro, de repente, éramos cuatro.

Porque de repente los tres Crespo mayores teníamos un nuevo hermano, surgido de las profundidades del sanatorio Parque San Antonio de Málaga.

Extraño y misterioso, el nuevo hermano Crespo.

La lista de cosas que no podía hacer nuestro hermano menor era más larga que la lista de cosas que sí podía hacer: no podía oír, no podía hablar, no podía andar. Ni siquiera podía tenerse en pie.

Pero eso lo descubriríamos con el tiempo.

Los cinco o seis –o siete– niños y no tan niños que esperaban el autobús del colegio con nosotros, testigos de la primera aparición de mi hermano Curro en el balcón, propagaron la noticia de que los Crespo teníamos un nuevo hermanito pero.

Porque la noticia era esa: los Crespo tenían un nuevo hermanito pero.

Conjunción adversativa que, supongo, añadieron los hermanos Múlez, vecinos nuestros. Algo les habrían contado sus padres, seguro, antes de advertirles: «Mucho ojito, ¿eh?, no se lo digáis a nadie».

«No se lo digáis a nadie.» Y claro.

Todos los que esperaban el autobús del colegio esa primera mañana, todos sin excepción –los Múlez, Sissi Emperatriz y algunos alumnos más– mirando hacia arriba, hacia el balcón de nuestra casa, donde mamá nos avergonzaba moviendo la mano de nuestro hermano menor como si fuera la mano de un muñeco, en un intento inútil por hacer ver que era el bebé, y no ella, quien nos decía adiós y nos lanzaba besos y nos deseaba buena suerte en nuestro nuevo día de clase; mamá fingiendo

con una alegría desbordante y una energía agotadora para aquella hora tan temprana. Las ocho.

A las nueve menos cuarto la noticia había llegado al colegio a bordo de nuestro autobús, si es que no nos precedió. Y cuando ese día y los siguientes algún compañero o algún profesor nos preguntaba por el bebé, mi hermano Sebas y mi hermano Bruno y yo, sin habernos puesto de acuerdo, nos limitábamos a encogernos de hombros:

–Está enfermo.

Decíamos. «Está» o «Ha nacido»; el resto de la frase no variaba: «Enfermo». Nuestro vocabulario demasiado estrecho todavía, demasiado pobre para hacernos entender y poder explicarnos con propiedad.

Mi abuela era tan original que, además de su muerte, soñó su resurrección. Un sueño en el que se vio regresando de entre los muertos al día siguiente de que la hubiésemos enterrado en una tumba que no era la de su marido porque en la de su marido no cabía, qué iba a caber, mi abuela la única pasajera del autobús por la sencilla razón de que a esas horas tan tempranas la gente acudía al cementerio, no abandonaba el cementerio, quizá las siete en el reloj del salpicadero del autobús, quizá incluso las seis y media en el reloj del salpicadero del autobús, y el chófer, medio dormido, sin quitarle ojo al reflejo de mi abuela en el retrovisor y pensando: «Caray, qué señora tan madrugadora, la habrá acercado al cementerio algún pariente, porque en qué cabeza cabe que haya pasado la noche ahí dentro, pinta de loca no tiene, otra cosa es que tenga pinta de despistada y sonámbula: con el madrugón parece que se le ha olvidado peinarse o que se ha peinado de cualquier manera antes de lanzarse a la calle sin tiempo de coger el bolso y el monedero, sólo las flores de su ofrenda a los difuntos». Qué cara de susto la de mi abuela al subir al autobús en su sueño, dudando entre buscar asiento o volver a bajar. «Si no lleva dinero no se preocupe, señora, a este viaje le invita la empresa municipal de transportes en atención a que es usted la primera cliente del día, ojalá que no sea la última.» Y mi abuela sonriendo aliviada y acomodándose, y el conductor, que con algo tendría que distraer sus pensamientos: «Pobre mujer, supongo que hay ocupaciones que la reclaman en la ciudad y no podía venir en otro momento, pero antes de dedicarse a esas tareas tan urgentes no ha querido faltar a su cita en el cementerio, probablemente el aniversario de su marido, cuya tumba habrá limpiado, cambiando las flores secas por flores frescas mientras charlaba con él y le ponía al corriente de las novedades de la familia. Un nuevo nieto, tal vez».

Ajena a la curiosidad del conductor, al paisaje donde no terminaba de amanecer, a los baches de la carretera: así se soñó mi abuela, sin advertir que había estado muerta y ahora, arrojada por la rebequita malva con la que la enterramos, resucitaba al primer día y no al tercero, como Cristo, para qué iba ella a esperar más; pero quién sabe, a lo mejor no se trataba de batir un récord de velocidad: a lo mejor, simplemente, en la tumba hacía frío y la rebequita malva abrigaba poco, por no mencionar lo incómoda que estaría en un lugar tan estrecho, ella, que desde que enviudó dormía a pierna suelta en una cama de matrimonio gigantesca. Mi abuela de repente maldiciendo su mala cabeza –dónde demonios habría puesto el bolso, el monedero–, y al mirarse las manos, vacías, reparando en sus uñas, partidas y con restos de sangre en los bordes. Calma, calma, seguro que todo tiene una explicación: este largo viaje, el día, que no amanece, el bolso desaparecido o, peor aún, robado, las uñas rotas, y cómo entrará sin la llave en su casa del Pico de las Ánimas, donde en su sueño seguía viviendo. Aunque, para preocupaciones realmente graves –se lamentaba mi abuela, dejándose vencer por el cansancio y la modorra y el bamboleo de paquidermo del autobús–, los capítulos de ayer y de anteayer de la telenovela, que se los perdió. Quiera Dios que no le resulte muy difícil recuperar el hilo.

En la consulta privada del médico. No de Moreno Roca, el doctor cuyo nombre figura en el informe redactado con prosa literaria. Ese médico, no. Otro médico.

El amigo del amigo del amigo de la familia que ha conseguido que papá y mamá sean recibidos sin cita previa ha dicho que se trata de una eminencia.

En el bolsillo de la bata del médico, «Doctor Rascacio». Bordado con hilo azul.

Un nombre italiano, deben de pensar mamá y papá. Pero no. Rascacio no es un apellido italiano, Rascacio es el nombre de un pez.

–Ustedes dirán –dice el doctor Rascacio.

Papá y mamá no saben qué decir. Son tan jóvenes, están tan asustados. A ninguno de los dos les falta una pierna, o ambas, o un brazo, una mano, un codo. Nada, nada de eso les falta; sin embargo, se sienten como si les faltase todo eso y más. Como si hubieran sido arrollados por un tren. Tanto dolor.

–¿Y bien? –pregunta el doctor Rascacio, invitándoles a hablar, a tomar la palabra. Dando a entender que hay más pacientes. Que el tiempo es oro.

Así que mamá y papá dicen a la vez: «Mi hijo». Enseguida rectifican y dicen al unísono: «Nuestro hijo».

El médico. Debería estar ya jubilado, pero aquí sigue, al pie del cañón. Profesional. Competente. El doctor Rascacio. La eminencia.

A Míster Magoo; el doctor Rascacio recuerda al Míster Magoo de los dibujos animados. Calvo, narigudo y muy, muy miope: los cristales de culo de vaso de sus gafas agrandándole la mirada, dándole un aire de curiosidad. Un aire de asombro.

Tras las gruesas lentes, sus ojos se mueven con parsimonia. Los ojos del doctor Rascacio haciendo honor a su apellido no italiano: los ojos del doctor Rascacio, dos pececillos a los que

hubiera que renovarles el agua de la pecera porque la falta de oxígeno está alcanzando niveles dramáticos.

La consulta se cae a pedazos. El hospital Marino se cae a pedazos. La recepción, los pasillos, todo. Incluso el doctor.

Desconchones en las paredes, pelusas bajo las sillas, sombras en los rincones que no son sombras: es suciedad. «Que no hayan clasurado el hospital Marino demuestra que todavía son posibles los milagros», ha escupido mi abuela en la sala de espera antes de que mamá y papá pasaran a la consulta. Entrar los cuatro de golpe les parecía un abuso. «Ni que fuésemos una familia de gitanos.» Así que mi abuela aguarda fuera con el bebé.

¿Hace falta precisar que aún no vive con nosotros? Si mi abuela está aquí es porque se dejaría cortar un dedo antes que perderse el espectáculo. A Su Eminencia.

–Gracias por recibirnos –atina a decir papá. Debería haberlo dicho al entrar, pero no se ha acordado entonces y lo dice ahora.

El doctor Rascacio asiente con la cabeza imperceptiblemente, como si ese gesto requiriera un esfuerzo tremendo. Los peces que nadan tras los cristales de culo de vaso de sus gafas interrumpen sus evoluciones acuáticas y miran a mis padres con interés.

–¿Algún informe previo?

Suena a pregunta pero realmente no es una pregunta, sino una orden. El doctor Rascacio quiere saber los antecedentes del bebé.

Mamá saca del bolso el informe donde se cita al doctor Moreno Roca y a la matrona Alicia Castillo y al sanatorio Parque San Antonio y los ojos en sol poniente de mi hermano Curro.

Mientras lo lee, el doctor Rascacio habla consigo mismo: «Hummm», «Ya veo, ya» y más «Hummm». Y después:

–Habrán traído al niño –dice. ¿Otra orden?–. Tengo que examinarlo.

–Espera fuera, con mi madre. ¿Le digo que pase?

–Mamá tan nerviosa que pregunta tonterías.

El médico vuelve a asentir. «Que pase, naturalmente.» No descompone el gesto, no se altera. ¿Le cuesta moverse o le da pereza moverse?

En el instante en que mamá vuelve a entrar en la consulta, ahora acompañada por mi abuela y mi hermano Curro, el doctor Rascacio está preguntándole a papá:

–¿Antecedentes en su familia?

–¿Antecedentes de qué? –se alarma mi abuela–. ¿Antecedentes penales?

–Cardiopatías, hipertensión, cáncer –enumera el médico, aburrido.

–Quite, quite –protesta mi abuela, asumiendo el papel de portavoz–: Yo estoy muriéndome a chorros, pero nuestra familia rebosa salud.

–Claro. Por eso estamos aquí.

Las palabras de papá, un trueno.

Tanta, tanta tristeza en su voz.

El doctor Rascacio señala el cochecito de bebé que mi abuela ha entrado empujando:

–Con su permiso, voy a auscultar al niño.

Y mi abuela:

–Deje, yo le ayudo.

Los dos se pierden con el bebé tras una cortina de plástico antes de que papá y mamá hayan terminado de levantarse de sus sillas. Por eso vuelven a sentarse. Él o ella:

–Si hacemos falta...

–Con uno es suficiente –les dice el doctor desde detrás de la cortina. Y a mi abuela–: Descubra la espalda del niño, si es tan amable.

–Si supiera el tiempo que hace que no venía por aquí, doctor.
–La voz de mi abuela les llega a mamá y papá desde el otro lado de la cortina–. El hospital no ha cambiado nada, está como siempre –miente. El tono de mi abuela es el de quien está admirando un palacio, un monumento histórico, una joya arquitectónica. Como poco.

Y el doctor:

–Hummm.

–Tanto, tantísimo tiempo, doctor, hace que no venía yo por aquí. Años, si le soy sincera. Y le confieso que lo he echado de menos –dice mi abuela.

«Hummm.» El doctor.

–No le oculto que he estado tentada de visitarles. Más de una vez –dice mi abuela–. Acercarme a saludar, ver cómo iba todo, qué tal estaban ustedes. Consultarles, abusando de su paciencia, alguna cosita...

Y el doctor:

–Ahora el pecho. Dele la vuelta al niño, si es tan amable.

–Aunque le cueste creerlo, doctor, a veces siento, no sé, como que me faltara el pulso. Que no tengo pulso –dice mi abuela. Se ríe.

Papá y mamá se imaginan al doctor Rascacio palpando al niño, reconociéndolo, los dedos del doctor Rascacio recorriendo la piel del bebé en busca de imperfecciones. También se lo imaginan, fonendoscopio en mano, ladeando la cabeza con interés. ¿Estará escuchándola a ella o estará escuchando los latidos del corazón del bebé?

La voz de mi abuela, arrulladora:

–Qué estupidez, ¿verdad, doctor? ¿Cómo me iba a faltar el pulso? Con lo necesario que es el pulso para vivir. ¿No opina usted lo mismo?

El doctor la escruta, o eso se imaginan mamá y papá. Quizá los peces que boquean tras el acuario de sus gafas no se

muevan, piensan papá y mamá; quizá los peces hayan dejado de moverse. Atentos. A la expectativa.

El doctor, desde el otro lado de la cortina:

–Hummm.

Y desde el otro lado de la cortina, mi abuela:

–Bah, serán bobadas mías, doctor. Delirios de vieja.

–Vuelve a reír. Y enseguida–: ¿Usted me encuentra vieja, doctor? ¿Qué edad calcula que tengo? –Coqueta–: Vamos, atrévase. ¿Cuántos años me echaría? Diga un número al azar, sin miedo...

Y la voz del médico, tan educada, tan profesional:

–Veamos los reflejos musculares...

Mi abuela ha enmudecido de repente, un segundo de silencio, dos segundos, tres, y mamá y papá aprovechan el silencio para imaginarse al doctor Rascacio golpeando suavemente las rótulas del bebé con un martillito, primero una, luego la otra.

–Ahora los reflejos oculares... –indica el médico.

–De paso, ¿por qué no me hace la prueba a mí? –pide mi abuela, al quite–. Creo que tengo unas cataratas que ni las de Niágara...

–¡Mamá!

La voz de mi madre, tajante. La voz de mi madre, una advertencia. Como antes la voz de mi padre. «Claro. Por eso estamos aquí.»

El médico dirigiendo el haz de luz de una pequeña linterna de bolsillo hacia el ojo derecho del bebé, que no protesta; hacia el ojo izquierdo del bebé, que sigue sin protestar. El bebé, mi hermano, hipnotizado ante la luz. O eso, al menos, es lo que se imaginan papá y mamá.

Un niño tan bueno, mi hermano. Inexpresivo. Sus ojos en sol poniente.

«Hummm.»

El médico apaga la linternita y se la guarda en el bolsillo de la bata, detrás de las palabras «Doctor Rascacio» bordadas con hilo azul. Y esto soy yo quien se lo imagina, no mamá y papá.

–Hemos terminado –anuncia el médico.

Descorre la cortina y acompaña a mi abuela hasta el cochecito del bebé, donde ella acuesta a su nieto.

–Todo normal –informa el doctor Rascacio tomando asiento.

Y mamá:

–¿Normal? ¿Qué quiere decir «normal»?

Mamá cogiendo carrerilla:

–¿«Normal» que el niño no se me agarre al pecho?

Mamá armándose de valor:

–¿«Normal» que tampoco quiera el biberón?

Mamá furiosa:

–¿«Normal» que no gane peso?

Mamá perdiéndole el respeto a Su Eminencia:

–¿«Normal» comparado con quién? ¿Con usted?

El doctor Rascacio arquea una ceja.

–Normal tratándose de su hijo –dice.

¿Ha sonado tajante? ¿Seco? ¿O son imaginaciones nuestras?

–Normal para un niño con parálisis cerebral, señora.

«Señora.»

El énfasis en «señora», no en «parálisis cerebral».

Mamá y papá y mi abuela no respiran, mamá y papá y mi abuela han dejado de respirar.

El doctor Rascacio busca entre los papeles que se amontonan sobre su mesa hasta que encuentra lo que parece ser un taco de recetas.

Rellena una y se la ofrece a mis padres.

Pero no, no es una receta. Es una factura.

Mis padres la miran con estupor.

«Quinientas pesetas», ha escrito en ella el doctor Rascacio.

La eminencia.

–Mis honorarios –explica.

–¿Perdón?

Ha sido papá. O mamá. O los dos.

Un carraspeo y:

–Si han venido a mi consulta buscando un milagro, lamento desilusionarles: sólo soy médico. Ahora bien, si lo que han venido a pedirme es un consejo, no creo que sea de su agrado el que voy a darles: encierren a su hijo, intérnenlo, para que se olvide pronto de ustedes y ustedes de él.

«Encierren a su hijo.»

«Intérnenlo.»

«Para que se olvide pronto de ustedes y ustedes de él.»

Dieciséis palabras.

Quinientas pesetas.

Y entonces ocurre. Entonces es cuando ocurre.

Antes de que mi abuela estalle: «¡Cómo se atreve! ¿Y usted asegura que es médico?»

Antes de que mi padre se ponga en pie y de un empujón tire la silla al suelo mientras rasga la factura delante de las narices del doctor Rascacio. «Quinientas pesetas» convertidas en confeti.

Antes de que el bebé se eche a llorar y demuestre que, aunque su cerebro está roto, sus pulmones funcionan perfectamente.

Antes de eso. Antes de todo eso.

Mi madre alargando el brazo hacia el doctor Rascacio como si buscara tocarle, como si estuviese a punto de tocarle, de rozarle con los dedos.

Los dedos de mi madre. Las puntas de los dedos de mi madre. Heladas, me apuesto lo que sea a que están heladas. De miedo. De miedo, no: de terror.

La palma de la mano de mamá vuelta hacia arriba. ¿Suplicando?

Todos mirando la palma de la mano de mi madre. Incluso mi madre, que no entiende ese gesto suyo.

El brazo extendido, la palma abierta.

El médico temiendo, quizá, una agresión.

Todos, incluido el bebé, conteniendo el aliento dentro de ese silencio que pronto dejará de serlo.

Tantos segundos dentro de ese silencio durante el cual la temperatura de la consulta del doctor Rascacio desciende varios grados.

La ira de mi padre creciendo a cámara lenta, la ira de mi abuela también. Mi padre y mi abuela, por una vez y sin que sirva de precedente, hermanados en la ofensa.

El doctor Rascacio barajando excusas sin decidirse por ninguna. «Ya es hora de que entre el próximo paciente.» «Con su permiso.» «Si son tan amables, les acompaño hasta la salida.» Algo. Cualquiera cosa. Con tal de conjurar este encantamiento.

El brazo de mamá, lejos, a kilómetros de distancia de ella, sin que su cerebro lo haya ordenado.

Sólo la palma de la mano de mi madre vuelta hacia arriba. Sólo ese gesto. Su brazo extendido.

Mamá ni siquiera enfadada por la brutalidad de las palabras del doctor Rascacio.

Quinientas pesetas de palabras.

A 31,25 pesetas la palabra. En euros, diecinueve céntimos.

No, no creo que en los oídos de mamá resuenen las palabras del doctor Rascacio. En los oídos de mamá lo que resuena, supongo, son las palabras que ella misma ha pronunciado en cada embarazo.

«No me importa si es niño o niña, lo importante es que venga bien.»

«Que venga bien.» Como si fuera tan fácil.

Mamá consciente de que la vida cambia en un instante. De que la nuestra –la vida de su familia– ya no es como era ayer.

Como era hace un minuto. Como será dentro de un minuto.

Cuando mi abuela empiece a insultar al médico.

Cuando la silla de papá choque contra el suelo.

Cuando el bebé rompa a llorar.

Cuando papá convierta la factura en confeti.

Cuando ella y su marido y su madre y su hijo salgan de la consulta del doctor Rascacio sin abonar la factura y la vida siga.

Pero no la vida que conocen, la de ayer, la de anteayer, la de todos los días. Esa vida, no. Otra vida. Distinta. La vida después de que la sentencia haya sido pronunciada: «Parálisis cerebral». A la que el paso de los años irá añadiendo otras. «Sordera.» «Mudez.»

«Qué vértigo», debe de pensar mamá, si es que piensa en algo más que en: «Que venga bien».

«Bien.»

El brazo de mamá extendido hacia el doctor Rascacio.

La palma de la mano de mamá vuelta hacia arriba.

Y cuatro pares de ojos –los ojos del bebé no los contamos, para qué– fijos en la palma de la mano de mi madre.

Eso, sólo eso.

La palma de la mano de mamá.

Aguardando.

La limosna de una esperanza.

Cuchillas, sogas y un amplio surtido de venenos

Sin sus dosis de tragedia, la felicidad no existe.

A mis diez, a mis once, a mis doce años, las únicas tragedias que había conocido eran el nacimiento de mi hermano Curro y lo que mi abuela llamaba su exilio; aunque lo cierto es que mi hermano Curro no se quejaba de nada. Que fuese incapaz de hablar era lo de menos; también que su cuerpo se moviera entre espasmos y convulsiones de terremoto.

Mi abuela, en cambio, había convertido sus días en una queja permanente desde que abandonó el Pico de las Ánimas. Por la vida que había dejado atrás, la vida que había perdido. Sus tardes con la Perruna y la Top Secret; sus muebles antediluvianos; sus recuerdos. Su vieja postalita de 1906. Tantas, tantas cosas.

Pero quizá por su cercanía, la de mi hermano Curro y la de mi abuela eran tragedias menos graves que las que yo, a mis diez, a mis once, a mis doce años, imaginaba en las profundidades de la Pensión Terminal.

Mi fantasía, desbordada: con aquel nombre, qué buen sitio para morir, la Pensión Terminal. El lugar perfecto.

Otros hubieran preferido Venecia, pero la Pensión Terminal queda aquí mismo, y también está cerca del mar. Más no se puede pedir.

Cuando paseo por el barrio, me entretengo ante su entrada, impenetrable a mi curiosidad por la roña que se acumula en el cristal de la puerta. En su interior vislumbro sombras movedizas, aunque quizá lo que se mueva allí dentro sólo sea un débil rayo del sol. Alguna rata.

Ruido de gente no se oye, y eso que pego la oreja a la puerta, sin temor a los microbios.

Nunca veo entrar a nadie, nunca veo salir a nadie. Quizá la Pensión Terminal cerró hace años y su letrero con una flecha azul y las palabras

Rooms Chambres Zimmer

siga encendiéndose cada noche por fantasmagórica tozudez o porque la compañía eléctrica simplemente se ha olvidado de cortar el suministro, el letrero de la Pensión Terminal

Rooms Chambres Zimmer

iluminándose noche tras noche hasta que la última de sus bombillas se apague para siempre con un chisporroteo.

Parte del paisaje de mi infancia, la Pensión Terminal. Desde la parada del autobús del colegio, mis hermanos y yo veíamos el trasiego de viajeros que, procedentes de la vecina estación, llegaban en los primeros trenes del día. Maletas, muestrarios, caras de sueño por haber dormido mal o por no haber pegado ojo. Mentones sin afeitar, camisas y pantalones arrugados. Sudor. Y a las ocho de la mañana, si el sol se resistía a brillar, nuestra calle iluminada por el letrero de la Pensión Terminal. Un nido de pilinguis, según mi abuela. De periquitas.

Y yo me imaginaba los pasillos de la Pensión Terminal como un hervidero de amores clandestinos, pasiones tempestuosas, celos, ajustes de cuentas y algún que otro crimen. Todo aquello que a mis diez, a mis once, a mis doce años, consideraba tragedias «de verdad».

Es extraño que nadie se haya fijado en las posibilidades comerciales de la Pensión Terminal. Con una buena campaña publicitaria, con una campaña publicitaria agresiva, la Pensión Terminal, un emporio. El negocio del siglo.

Pensión Terminal, de aquí a la eternidad.

Algo así. Llamativo. Rompedor.

La Pensión Terminal, bien dirigida, rebosando de suicidas, de enfermos desahuciados. Sueros y goteros y vías en cada habitación. Servicio médico de primera. Jeringuillas, morfina, precios asequibles. Enemas, camas articuladas. Sogas y un amplio surtido de venenos. También armas de fuego. Cuchillas y, para los menos valientes, empujones escaleras abajo. Sábanas limpias, saltos al vacío. Y en recepción, turnomático.

Días de gloria en la P ns ó T rmin l.

Las letras de su cartel luminoso apagándose mes tras mes.

P s ó T rmin l

P s ó T min l

P T n l

El Pico de las Ánimas

«El lugar donde Dios ensaya el fin del mundo.»

Eso decía mi abuela que era el Pico de las Ánimas, nombre del que sólo se acordaban ella, la Perruna y la Top Secret, pues al Pico de las Ánimas nadie lo llamaba así desde que se impuso el más sonoro y popular de Cuesta de los Ahogados.

Pico de las Ánimas. Aquel nombre antiguo, lo único bonito del lugar. Eso, y las vistas: el mar, el puerto, el faro; y al fondo de la bahía, como entre nieblas, Málaga.

Lo cual demostraba que –si Málaga estaba ahí, enfrente– el Pico de las Ánimas no era Málaga. O era otra clase de Málaga. Una Málaga apartada, a trasmano. Una Málaga de barrios con sonoros apellidos: Morlaco, Camino de la Desviación, Cerrado de Calderón, Pedregalejo.

Pico de las Ánimas.

«Qué paraje tan feo y árido», protestaba mi abuela. Y la Perruna: «Igualito que el desierto de Nevada». Aunque, a diferencia del desierto de Nevada que veíamos en las fotos del periódico, en nuestro desierto de Nevada particular hubiera pinos y eucaliptos y cipreses; también higueras.

Cuatro o cinco casamatas, algún que otro cortijo y el sol partiendo las piedras en invierno lo mismo que en verano. «El lugar donde Dios ensaya el fin del mundo.» Probablemente.

Sólo faltaban esos matojos rodantes que el viento mueve y cambia de sitio, y sin los cuales los secarrales de las películas del Oeste serían menos ásperos –hay quien dice que esos matojos se llaman salicores, hay quien dice que barrillas–, pero mi imaginación no dudaba en añadirlos.

La Cuesta de los Ahogados, el viejo Pico de las Ánimas. Nunca unos nombres estuvieron mejor puestos, nunca unos nombres fueron más adecuados.

«Vivir en la luna no debe de ser muy distinto.» Y la cara oculta de la luna, poblada en mi fantasía de higueras cuyos

troncos se contorsionaban hasta tocar el cielo, los higos maduros reventados contra el suelo de los cráteres entre un enjambre de abejas mutantes borrachas de miel, inmunes a aquella atmósfera sin oxígeno.

«Estas calles en cuesta para lo único que sirven es para despeñarse», rezongaba mi abuela. «Santa Cojona Bendita.» Su exilio estaba próximo, pero claro, ni las cartas del tarot de la Perruna lo habrían adivinado. Que aquella ojeriza se transformaría en nostalgia. Que echaría de menos su pequeña vida, su hogar. «El lugar donde Dios ensaya el fin del mundo.»

«Vía dolorosa, vía sarmentosa, vía de la consolación, vía de la desolación.» Mi abuela inventando jaculatorias mientras nos alejábamos de la parada del autobús en la que nos recogía y emprendíamos la subida hasta su casa o hasta la casa de la Perruna o hasta la casa de la Top Secret. Aquel territorio que, unos años después, cambiaríamos por los pasajes de nuestro barrio.

«A quién se le ocurre vivir aquí; a quién que no esté loco», se quejaba. «Aunque vuestro abuelo muy cuerdo no es que estuviera, la verdad. Cuando a lomos de una mula me trajo aquí una tarde y me enseñó dónde íbamos a vivir, quise salir corriendo y no volver; pero con vuestra madre en camino, como para ponerme exquisita.»

Al hablar de nuestra madre decía eso, «en camino», por lo que mis hermanos y yo crecimos creyendo que mamá no era hija suya; que el abuelo y ella se la habían encontrado en un recodo de aquellas calles en cuesta, entre higueras y pitas, quién sabe si huérfana o perdida, mi madre una niña adoptada.

«En camino.» Y así fue como a mi abuela no le quedó otro remedio que conformarse con el Pico de las Ánimas. «“Algún día, pronto, todo esto será tuyo”, me dijo vuestro abuelo aquella tarde, de novios, y a mí me entró ansia.»

No ansiedad, no: lo que le entró a mi abuela aquella tarde, de novios, fue eso que, en dialecto malagueño, significa ganas de

vomitarse. Una especie de vértigo en la boca del estómago. Náuseas debidas, quizá, a su embarazo.

Porque –como descubrimos algunos años más tarde–, cuando se casó, mi abuela estaba de tres meses. «Santa Cojona Bendita.»

Ray Bolger, Buddy Ebsen, Jack Haley. ¿Quién se acuerda de ellos?

Raymond Wallace Bolger fue elegido por la Metro-Goldwyn-Mayer para interpretar a Hickory, el Hombre de Hojalata, en *El mago de Oz*.

De Hunk, el Espantapájaros, haría Christian Rudolph Ebsen, Jr.

Irving Lahrheim, alias Bert Lahr, sería Zeke, el León Cobarde.

Ray Bolger, Buddy Ebsen, Bert Lahr. Los inseparables compañeros de Dorothy en su viaje a lo largo del camino de baldosas amarillas: el Hombre de Hojalata, el Espantapájaros, el León Cobarde. Al menos, según sus contratos.

Pero Ray Bolger y Buddy Ebsen intercambiaron sus papeles. Quizá porque la voz grave de Bolger iba más con el Espantapájaros que con el Hombre de Hojalata, quizá porque los agudos de Ebsen eran más creíbles en el Hombre de Hojalata que en el Espantapájaros. Quién sabe, todo son especulaciones.

Lo único cierto es que Ebsen prefirió ser el Hombre de Hojalata y Bolger, el Espantapájaros. O no lo decidieron ellos, sino que alguien –el jefe de *casting*, algún capitoste del estudio– lo decidió por ellos, tanto da.

Tampoco es una especulación que las cosas se torcieron al empezar el rodaje.

A medida que pasaban los días, Buddy Ebsen, el Hombre de Hojalata, fue sintiendo calambres y dificultades respiratorias. Se ahogaba.

Disnea, dictaminaron los médicos.

El rodaje continuó; también los calambres, los ahogos. Y Ebsen terminó hospitalizado.

No tardaron en encontrar la causa de su mal: el maquillaje. Ebsen era alérgico al polvo de aluminio que le emborrataba las

facciones y lo convertía en Hickory, el Hombre de Hojalata, mientras lo iba envenenando por dentro.

El rostro de Buddy Ebsen, sus manos, su piel, del color del acero. Y un embudo en la cabeza.

En su lugar, la MGM contrató a John Joseph Haley, Jr., que venía de trabajar –aunque en papeles menores– con Shirley Temple y Frank Sinatra.

Fue Jack Haley quien dio vida a Hickory, el Hombre de Hojalata. Con un maquillaje modificado que, pese a todo, le causó una infección ocular que lo tuvo varios días alejado del rodaje.

Ray Bolger, Buddy Ebsen, Jack Haley. Así es como el destino enreda sus hilos y los enmaraña.

En el tanatorio, durante la incineración de mi abuela, mamá se desmayó. Aseguraba que en el momento en que el ataúd desapareció tras la cortinilla metálica y las llamas lo rodearon, había oído gritos: «¡Sacadme de aquí, sacadme de aquí!»

–Pues ahora no se oye nada –bromeaba papá pegando la oreja a la urna que contenía las cenizas de mi abuela. Mamá le arreó un codazo.

Hacíamos tiempo en el cementerio. Al ritmo de sus muletas, el sepulturero, que venía a sellar el nicho, tardaría un rato en llegar.

Ya que mi abuela no pudo vencer a la muerte, como en su sueño, al menos fue incinerada con su rebequita malva. Algo es algo, debía de pensar mamá. A papá no hacía falta preguntarle qué pensaba, se le notaba en la cara: por fin se había librado de su suegra.

¿Y yo, en qué pensaba yo?

La semana anterior, en el Palacio del Cine, habíamos visto *Alien, el octavo pasajero*. Y en eso pensaba: «En el espacio exterior nadie puede oír tus gritos».

Sebas y Bruno no sé en qué pensarían.

Curro lloraba a pleno pulmón. Parecía el único afectado.

–Pobre mamá, no estaba muerta. –Angustiada, mi madre se santiguó varias veces. Y volviéndose hacia nosotros–: Prohibido incinerarme, ¿eh? A mí me enterráis como Dios manda.

Asomándose al hueco del nicho, papá observó:

–No sé, parece pequeño. ¿Y si la abuela protesta? –Y nos guiñó un ojo–. Como el cojo tarde un poco más, esto lo arreglo yo con un pegote de Supergen. –Saltaba a la vista que se lo estaba pasando fenomenal.

–No seas cruel, que Dios te va a castigar –le amenazó mi madre–. Aunque a quien debería castigar es a mí. Si en lugar

de caerme redonda al suelo hubiera ordenado que parasen la cremación...

En voz baja, mi hermano Sebas a mi hermano Bruno:

–Cremación. –Explicándole–: De crema.

–Tranquila, mujer, tranquila. –Papá consolaba a mamá. Con una mano sostenía una de las asas de mi abuela; con la otra le daba palmaditas en la espalda a mamá, infundiéndole valor.

–¿Cómo voy a estar tranquila? Soy una asesina.

–Mamá se echó a llorar. Curro, sorprendido, enmudeció.

–No te derrumbes, piensa en positivo –le aconsejó papá a mamá–. Tu madre estaba acostumbrada al fuego. Acuérdate de cuando quemó su casa. Además, seguro que le hizo ilusión morir en un incendio, a lo grande, poniéndoles los dientes largos de envidia a sus amigas, la Perruna y la otra, ¿cómo se llamaba la otra? ¿La Topkapi?

–La Top Secret –le corrigió mamá.

–Me apuesto el sueldo de un mes a que tu madre disfrutó una barbaridad.

–Claro, y por eso gritaba. Qué cosas tienes.

–Mujer, también habría gritado subida en una montaña rusa. De júbilo.

–Pues a mí no me parecieron gritos de júbilo, más bien me parecieron gritos de terror. Tendrías que haberla oído. «¡Sacadme de aquí, sacadme de aquí!», chillaba mientras la achicharraban. ¿De verdad que no oíste nada? –Y volviéndose hacia nosotros–: ¿Y vosotros, niños?

Sebas y Bruno negaron con la cabeza al unísono.

–«En el espacio exterior nadie puede oír tus gritos»

–contesté yo, poniendo mi mejor voz de Sigourney Weaver o lo que yo creía que era mi mejor voz de Sigourney Weaver, ya que la película la habíamos visto doblada y, en realidad, ignoraba cómo sería la verdadera voz de Sigourney Weaver.

«Nadie puede oír tus gritos.» A mis catorce años, qué lejos quedaba mi infancia. Asfixiada en el terral de un sol poniente de

agosto, el verano anterior.

Mamá, sin embargo, no me oyó. Y eso que la distancia que nos separaba aquel día en el cementerio era menor que la que separaba a mamá del féretro de la abuela el día de la incineración. El día de los gritos.

Pero así es el oído humano. Selectivo.

En quinto de egebé, yo enamorado de mi profesor.

Don Miguel.

A quien una mañana, mientras corregía en su mesa, delante de mí, uno de mis ejercicios –nuestras cabezas tan juntas que casi podían tocarse–, le llamé Migue.

«Migue.»

Se lo llamé bajito, no creo que me oyera. Todo lo más, debió de advertir el rubor en mis mejillas. Mi nerviosismo, mi tartamudeo. Si es que advirtió algo.

Qué joven, don Miguel.

El pelo rizado, don Miguel tenía el pelo rizado.

El pelo rizado de don Miguel es lo único que recuerdo. Eso, y nuestras cabezas a un centímetro, a un milímetro de distancia, casi rozándose. Y que corregía los deberes borrando nuestra torpeza con una goma milan blanca. En quinto de egebé.

En séptimo de egebé, y por seguir encadenando tópicos, yo enamorado de mi profesor de literatura.

Don Matías.

Su hijo se estaba muriendo. Nos lo contó un día en que alguien vomitó en clase.

Don Matías pidió que uno de nosotros saliera a buscar una fregona y un cubo y, mientras limpiaba el vómito del suelo y escurría la fregona, lo dijo. Con naturalidad. Que no se le caían los anillos –y eso que no llevaba más que uno– por fregar el suelo. Lo hacía con cierta frecuencia, explicó. Cada vez que su hijo pasaba una mala noche.

Don Matías menos joven que don Miguel, y a pesar de ello don Matías el hombre de mis sueños al igual que antes don Miguel. Aunque cómo tenía el pelo don Matías, no lo recuerdo. Sólo sus palabras. Su alianza. A su hijo moribundo, a quien nunca vi.

Cuando murió el hijo de don Matías, yo estaba en casa, enfermo o fingiéndome enfermo, y me perdí el funeral que organizó el colegio.

«Me perdí.» Como quien se pierde el capítulo de su serie favorita. *Poldark. Hombre rico, hombre pobre. Dallas.*

Me perdí el funeral y el haber podido decirle a don Matías cuánto lo sentía. Estrechándole la mano o, quizá, dándole un beso en la mejilla que hubiera sido mucho más que un beso de consuelo.

Tap-tap-tap sobre la carta del loco:

–¿Os he hablado alguna vez de San Superí?

Y ante nuestro silencio:

–Ay, San Superí, qué pena más gorda de hombre...

Destapando carta tras carta, el señor de la ruina, el señor de la pena, el señor del éxito ilusorio:

–De santo sólo tenía el apellido. Un donjuán, un adúltero, San Superí. Se creía un príncipe, pero a lo máximo que llegó fue a pionero de la aviación. –Y como si diera su brazo a torcer–: Bueno, y a autor de reconocido prestigio.

Con la uña de color rosa chicle tap-tap-tap sobre la carta del eremita:

–Un día San Superí tuvo un accidente gravísimo en el desierto. Se salvó por pura intuición, al seguir a pie, sin agua ni comida, el mismo rumbo que había seguido en los Andes un amigo suyo piloto que tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en las cumbres heladas.

Tap-tap-tap sobre la carta de la reina de los tronos de la tierra:

–San Superí sobrevoló el Sáhara y los Andes y la Patagonia repartiendo el correo para la compañía Aeropostale. También pasó un año y medio como jefe de destacamento en Cabo Juby, una remota zona del protectorado español del Sáhara. Estando allí, en el desierto, descubrió un silencio que, según dijo, no se parecía a ningún otro silencio. Otra cosa que dijo es que cada estrella era la estrella de los Magos... No podía evitarlo: San Superí era un cursi. Pero claro, siendo francés, qué podías esperar de él.

Tap-tap-tap sobre la carta del príncipe del carro de los vientos:

–Cuando perdió su empleo en la Aeropostale y se vio asfixiado por los problemas económicos, empezó a colaborar

en la prensa como reportero. Estuvo en la Rusia de Estanli y estuvo en nuestra guerra. ¿Y sabéis lo que dijo de nuestra guerra? Que no era una guerra, sino una enfermedad. Cursi y todo, razón no le faltaba.

Tap-tap-tap sobre la carta del señor de la riqueza:

–Con el paso de los años San Superí se convirtió en una celebridad que cobraba cantidades astronómicas por sus libros y sus crónicas periodísticas. Más de medio centenar de artículos escribió entre 1932 y 1938.

Tap-tap-tap sobre la carta de los amantes:

–Antes, en 1931, se había casado con Consuelo Suncín, una salvadoreña caprichosa que le puso los cuernos tantas veces como él a ella. Los franceses, que tienen un nombre para todo, hasta para las cosas más insospechadas, llaman a eso «matrimonio abierto», *oh là là*.

Destapando otra carta, la raíz de los poderes del fuego:

–Al estallar la Segunda Guerra Mundial, superaba la edad máxima de piloto. Sin embargo, San Superí se lió la manta a la cabeza y decidió combatir en el bando de la Francia Libre; señal de que, además de cursi, era un romántico y un inconsciente.

Tap-tap-tap sobre la carta del señor de la derrota:

–Cuarenta y cuatro años tenía...

Silencio.

–Cuarenta y cuatro años, esa es la edad que tenía cuando, el 31 de julio de 1944, desapareció en alta mar, cerca de Marsella, mientras realizaba un vuelo de reconocimiento.

Tap-tap-tap sobre la carta de la justicia:

–Antes de partir, dejó escritas unas palabras. –Nuestra Clari Vidente de andar por casa cerró los ojos y citó de memoria, poniendo voz de hombre–: «Si soy derribado, no lo lamentaré. Yo estaba hecho para ser jardinero».

«Jardinero.» La palabra se quedó flotando como si fuera un espíritu convocado por las cartas del tarot. Con la misma fuerza

que si hubiera sido «magnate» o «emperador».

Tap-tap-tap sobre la carta del juicio:

–Quizá tuvo un accidente o se le estropeó el inhalador de oxígeno, quién sabe. O puede que se quedara sin combustible. El caso es que no regresó. Hallaron los restos de su avión, pero su cuerpo nunca fue encontrado. –Y por si no lo habíamos oído bien–: Jamás.

Recogiendo las cartas con la velocidad de un tahúr:

–Lo más gracioso de toda esta historia es que, cuando San Superí era muy joven, una vidente le había hecho este pronóstico. –Cerrando de nuevo los ojos y ahuecando la voz–: «Se casará con una mujer extranjera y llegará a ser un escritor célebre. Pero evite el mar. Y a partir de los cuarenta años, desconfíe de los aviones en los que vuele».

Y al volver a abrir los ojos la Perruna, nosotros seguíamos sin respirar.

A mi abuela se le paró el corazón una madrugada de invierno. O eso anunció al levantarse: que su corazón había dejado de latir.

Como tantas otras mañanas, alargábamos el desayuno jugando a adivinar con qué nueva dolencia amanecería. Ya que acertar era casi un milagro, el juego consistía en acercarse lo más posible a la respuesta correcta. Quien más se alejara de la respuesta correcta bajaba esa noche al patio la bolsa de la basura.

«Una gonorrea anorrectal», escupió por el colmillo el adolescente hosco que era mi hermano Sebas. Y papá, que no, que eso era poco para ella. «Seguro que ha desarrollado un cáncer de testículos –aventuró mi hermano Bruno, soñador–: Conociendo a la abuela, es muy capaz.» Hablábamos en susurros, claro. Pero mamá nos oía igual.

Ni gonorrea ni cáncer de testículos. Aquella mañana, cuando se asomó a la cocina y papá, como siempre, la saludó con un «Qué mala cara trae usted, suegra», mi abuela se sentó a la mesa del desayuno diciendo que no respiraba. Y por si nos quedaba alguna duda, añadió:

–Estoy muerta.

El motor de la nevera interrumpió sus temblores.

«Muerta.» Vaya, jamás lo habríamos adivinado.

–Mamá, no seas ridícula –protestó mi madre–. Además, si te hubieras muerto no estarías aquí, hablando con nosotros. Estarías en la cama. Tiesa. –Y dejó un platito de churros junto a la taza de mi abuela, que se abalanzó a por el primero.

–Muerta y bien muerta –insistió mi abuela–. Si lo sabré yo.

–Los muertos no desayunan, mamá. –Y viendo que mi abuela atacaba el segundo churro–: Ni se ponen morados de churros.

–Son los nervios, hija mía. De la impresión, ¡me ha entrado un hambre! –El tercer churro desapareció dentro de la trituradora de su boca–. Pero estoy muerta, te lo aseguro. Tan

muerta como tu padre, que en paz descanse. –Y masticando el cuarto churro–: Llama al párroco, anda.

–¿Al párroco? –gruñó papá, molesto por no haberles podido hincar el diente a los churros, que mamá reservaba para la abuela–. A quien habrá que llamar es al médico. Lo va a necesitar usted, después del atracón que se está dando. –Mi abuela iba ya por el quinto churro.

–Eso, al médico llámalo también –convino mi abuela muy seria–: alguien tendrá que certificar mi muerte y, quién sabe, a lo mejor, practicarme la autopsia. –Al pronunciar la palabra «autopsia» se le iluminaron los ojos. Tras considerar esa posibilidad, bebió un sorbito de café y volvió a la carga–: Pero antes, llamad al cura, para que me cierre los ojos y me cante una misa.

–Y una jota, de paso –sugirió mi hermano Sebas–. Bueno, nosotros nos vamos, que llegamos tarde a clase.

–Niños, no os vayáis sin darme un último beso –pidió mi abuela–. Para que me recordéis siempre así.

–¿Así, cómo? ¿Atiborrándose de churros? –intervino papá. Mamá lo fulminó con la mirada.

Mientras nos ofrecía la mejilla, mi abuela sostenía entre los dedos el sexto churro como si fuera una varita mágica.

–Adiós, abuela –me despedí de ella.

–¿Me echaréis de menos? –preguntó esperanzada.

Encogiéndome de hombros:

–¿De aquí a la hora de comer? Lo intentaremos.

Pero otra preocupación asaltaba ya su mente:

–¿Se han terminado los churros?

No fue necesario que el párroco subiera a casa, según nos contaron papá y mamá después: el que subió fue el médico. Un doctor jovencito que enseguida se hizo cargo de la situación, acercó un espejo a la boca de mi abuela, para que viera cómo la superficie se empañaba con el vaho de su aliento, y le hizo escuchar los latidos de su corazón a través del fonendoscopio.

–¿Se convence ya, señora? Usted tiene que dar aún mucha guerra.

Y mi abuela:

–Ay, doctor, habrán sido los churritos del desayuno, que me han devuelto la vida.

La cesta de la compra. Debimos haber prestado atención a la cesta de la compra de mamá. A su nevera, a su despensa.

Galletas, patatas fritas, aceitunas con anchoa o sin anchoa, cortezas de cerdo, ganchitos al queso, banderillas, jamón Selecta. «No me miréis con esa cara, son artículos de primera necesidad», se defendía mamá. Y lo más gracioso de todo es que aún era capaz de enojarse: «No sé por qué estoy tan gorda, si me alimento como un pajarito».

Ella, tan aficionada a los documentales sobre fauna salvaje, ¿no se fijaba en que hay buitres carroñeros que comen con menos voracidad?

Rarezas, pensamos mis hermanos y yo que eran. Excentricidades de viuda. Y seguimos adelante con nuestras vidas.

La de mamá, regida por pequeñas rutinas –el almuerzo a la una y media, la cena a las nueve– que incluían siestas frente al televisor, baño los sábados por la mañana y, los domingos, misa de diez en la iglesia del Carmen. A la que, tras la muerte de papá, empezó a asistir disfrazada torpemente con un velito negro que olía a alcanfor y le daba un trasnochado aire de Semana Santa aunque estuviéramos en agosto, su papada y sus arrugas ocultas bajo aquella telaraña de encaje. «Como Greta Garbo –aseguraba mamá–, que se retiró del mundo y de los focos, disimuló su rostro detrás de unas enormes gafas de sol y nos ahorró a todos el espectáculo de su decadencia y su decrepitud; hasta el extremo de que si, en cualquiera de sus anónimos paseos por las calles de París, de Nueva York o de Ginebra, un admirador se le acercaba y, con el corazón al galope y la voz trémula, le preguntaba: “¿Es usted Greta Garbo?”, La Divina contestaba tajante, altiva: “No, yo no soy Greta Garbo, yo he sido Greta Garbo”», anécdota que, según mamá, contribuía a engrandecer la leyenda de la actriz a la que

ahora tanto decía parecerse. «Una Greta Garbo con mantilla, a la española», bromeaba, coqueta, contemplándose en el espejo. Y cuando alguien la abordaba en el ascensor o por el barrio o en los bancos de la iglesia, la voz de mamá surgía desde lo más profundo de aquel velito fúnebre arrastrando las erres y atragantándose de consonantes: su idea del acento sueco.

Con el estrafalario disfraz de aquel trapajo negro jugaba a despistar y fingía ser otra, misteriosa, eternamente joven, extranjera. «A la vecina de al lado le hablé el otro día en japonés y fue incapaz de reconocermé», me confesó muerta de risa. «Pero si tú japonés no sabes», le reproché. «Tampoco la vecina de al lado –respondió muy segura mamá–. Le recité de carrerilla la letra de la canción de *Heidi*, que me aprendí de memoria de tanto ver la serie de dibujos animados cuando erais pequeños.» Y tarareó: «Ochikú maiana jei, okaidu koé lulú, ¿te acuerdas?... La vecina se quedó turulata, preguntándose quién demonios sería yo».

El final. Delante de nuestras propias narices.

¿Cómo no supimos verlo?

A los vecinos del tercero derecha, que iban al mismo colegio que nosotros, su padre les zurraba con el cinturón cuando sacaban malas notas. Que era casi siempre.

«Se quita la correa y cómo pega, el hijoputa», decía el pequeño, Jorgito. Y su hermano Vicen prometía que el próximo trimestre se comería el boletín de notas, con la grapa y todo, para que el señor Múlez no lo viera.

No es que los Múlez se apellidaran así, es que tenían la cara alargada. Equina.

Los hermanos Múlez. Cuatro hermanos, como nosotros.

Jorgito, Vicen, Rafa y... el mayor, ¿cómo se llamaba el mayor? ¿Andrés?

Si cierro los ojos, me parece estar viéndolo; si los abro, también: un chico alto, de pelo crespo y mandíbula cuadrada. El menos caballuno de los hermanos Múlez, el más estilizado.

¿Alberto? ¿Alejandro? ¿Adrián? No, ni Alberto ni Alejandro ni Adrián. Tampoco Alfonso. Pero era un nombre que empezaba con «a». ¿O no era un nombre que empezaba con «a»?

Ya me vendrá. Cuando menos lo piense. Cuando no lo piense.

Los cuatro esperaban el autobús del colegio con nosotros, enfrente de casa. Jorgito, de la edad de mi hermano Bruno. Vicen, de la edad de mi hermano Sebas. Rafa, varios años mayor que yo. Y el otro, el primogénito, bastante mayor que yo. Alumno de COU, probablemente; a punto de dejar el colegio. Un adulto, casi. Y sin el «casi».

De los últimos en subir al autobús, el mayor de los hermanos Múlez. También yo, convertido en su sombra. En su espía.

Mientras mamá seguía diciéndonos adiós desde el balcón y nuestro hermano Curro, ya más crecido, nos decía adiós desde el balcón y nosotros hacíamos ver que en el balcón no había nadie diciéndonos adiós, yo sin quitarle ojo al mayor de los

hermanos Múlez. Sus hombros de nadador, sus botas gastadas, su silencio.

Yo detrás de ¿Arturo?, ¿Agustín?, ¿Alfredo? en la fila que formábamos para subir ordenadamente al autobús del colegio, y Jorgito y Vicen y Rafa diciendo que qué suerte la de nuestro hermano Curro, que no tenía que estudiar ni que presentarse a los exámenes. «Se va a pasar la vida sin saber lo que son las notas, qué cabrón.» Y mi hermano Sebas y mi hermano Bruno, a los que nunca se les hubiera ocurrido verlo desde ese punto de vista –tampoco a mí, la verdad–, que sí, que después de todo, parecía una ventaja. Una gran ventaja.

Y mientras, yo pegado al mayor de los hermanos Múlez, preguntándome si la sombra de barba que le cruzaba el mentón podía ser de color azul. Un poco más oscura que sus vaqueros, pero azul.

¿Azul?

Yo detrás de él en la fila que formábamos para subir ordenadamente al autobús del colegio cada mañana, todas las mañanas, sus manos grandes, sus dedos finos, tan largos, su nuez un ascensor ahora arriba, ahora abajo, y yo ensayando qué decirle que no pareciera ensayado y sólo de pensarlo ruborizándome, mi boca, seca, mi corazón pataleando dentro del pecho sin aire que respirar, yo convertido en el guardaespaldas del mayor de los hermanos Múlez, intoxicado por el olor de su colonia, deseando que se volviera y me mirara y me saludara, que suspendiera los exámenes y repitiera curso y a mí me diese tiempo a crecer. Que me esperara.

Su nombre en la punta de la lengua.

Papá en sepia, papá en blanco y negro, papá en color.

Papá dormido en una cuna diminuta, más propia de un muñeco que de un bebé; una cuna de juguete, lo más probable. Anudado a la cintura lleva un pañal de esos que aún no se llamaban pañales, sino cucos, y la placidez de su cara de recién nacido refleja que la siesta va para largo.

Papá repeinado, posando muy serio mientras señala con el índice de la mano izquierda un punto cualquiera del mapamundi que cuelga, enorme, de la pared; viste el babi del colegio donde estudia sus primeras letras, uno de sus calcetines ha desaparecido dentro del zapato –o esa mañana se le ha olvidado ponérselo, aunque lo dudo– y quizá ignore que la ciudad del planeta que ha elegido al azar con el dedo no es Brisbane, ni Misuri, ni Ulán Bator: es Denia.

Papá de marinerito, un niño piadoso que acaba de recibir su Primera Comunión y ha descubierto que el cuerpo de Cristo sabe a barquillo; las manos juntas, en oración, y entre las manos, un misal de nácar y un rosario cuyas cuentas se desparraman por las mangas de su traje blanco y azul como las redes de una barca. El semblante cándido de papá es el de quien ha sorprendido a la Virgen bajando del cielo; qué suerte la de mi padre aquel día.

Papá enchaquetado y encorbatado en los momentos previos a rendir cuentas ante los miembros del tribunal de la reválida. Sus ojos rehúyen la cámara y la boca se le curva en una mueca de incertidumbre, de aprensión, ¿de miedo? Contra el pecho sostiene varios libros como un talismán. Como un escudo. Ojalá tenga suerte en el examen...

Papá bailando en un guateque, él, a quien nunca vi bailar ni recuerdo bailando. La foto, movida, lo ha congelado en una pose a lo Elvis. O será que el tupé que se le adivina imita al de Elvis, no lo sé. Sólo sé que me cuesta identificar a mi padre en

esa foto. Que sé que es mi padre porque me dijeron cientos de veces que sí, que era él; pero no estoy seguro. Tampoco estoy seguro de que el tupé sea un tupé; quizá sólo sea una sombra más entre las sombras por las que evoluciona con soltura el bailarín sorteando parejas que se rozan y se aprietan y se besan y mesas atestadas de vasos, de botellas, de cubiteras en las que el hielo ha empezado a derretirse.

Papá junto a otro joven recluta: cabellos al rape, cigarros prendidos de los labios, el mismo brillo de alcohol en la mirada, la misma guasa. Dos sinvergüenzas que reparten su tiempo bebiéndose los bares y engatusando a la primera que pase, o a la segunda, mientras se acerca la hora de regresar al cuartel, si bien salta a la vista que regresar al cuartel es lo que menos desea el dúo protagonista de esta foto que yo solía guardar en la cartera del colegio, de donde mi madre la rescató, sobada, poniendo cara de asco: «Anda, que si el niño va para militar...» Lleva papá la camisa abierta y al cuello una cadenita de la que cuelgan una cruz y una medalla que refulgen entre la pelambrea del pecho. Su amigo entorna los ojos, cegado por el humo del pitillo o por el último sol de la tarde. Tiene en la boca una media sonrisa afilada, las manos en los bolsillos. Otra cosa que tiene el amigo de papá son cinco botones de la camisa desabrochados que dejan al aire su torso lampiño y seco, las teclas de las costillas y, a la altura del pezón derecho, el arranque de una cicatriz a la que el color desvaído de la foto ha dado un tono como de plata. ¿Una operación quirúrgica, un ajuste de cuentas, una riña a navajazos? Mi curiosidad adolescente buscaba respuestas a medida que el corazón se me iba acelerando y el pulso de la sangre palpitaba en mis oídos y en otras partes del cuerpo. El abismo de aquella cicatriz que el sexto botón oculta, ¿hasta dónde llegaría?

Papá en los caballitos del tiovivo de una feria de verano. Va hecho un pincel; un brazo de mar, se decía entonces. Galante, atento, papá escolta, de pie, a una chica que monta con el

gesto de quien teme que, de un momento a otro, su caballo se encabrite y salga al galope o, lo que es peor, volando. O quizá lo que teme la chica es que se le desbarate su peinado de revista. O los avances de papá, que ha ido aprovechando las vueltas del tiovivo para acercarse más a ella, ya casi puede abrazar su cintura, ya casi roza su piel con los labios al susurrarle un piropo, que así es como las arañas tejen sus hilos, a base de paciencia y determinación. Pobre mamá.

Recorrer las habitaciones de la casa de mi infancia es ir viendo a papá convertirse en un hombre dentro de los marcos de las fotos que adornan mesitas, cómodas, aparadores y rinconeras. También es ir viéndolo casarse, cumplir años, sostenernos entre los brazos como quien sostiene un jarrón antiguo y carísimo con el que no se sabe qué hacer, dónde ponerlo. ¿O no es terror eso que se refleja en la cara de papá mientras acuna a Curro contra su pecho?

Papá engordando entre el recibidor y el pasillo, coleccionando centímetros de papada entre el cuarto de estar y el salón, envejeciendo entre el dormitorio que compartía con mamá y el que compartíamos mis hermanos y yo. Encogiendo de estatura foto a foto.

En la última, papá mira al suelo como si se le hubiera caído algo. Como si lo estuviera buscando. Como si no lo encontrara.

El mago de Oz se estrenó en Estados Unidos el 25 de agosto de 1939.

En España, el 1 de marzo de 1945.

Pero no fue hasta los años setenta cuando el Hombre de Hojalata hizo su aparición en Málaga. En nuestro barrio; en nuestras calles; en nuestra calle.

Y no, no era un decrépito Jack Haley a todas luces senil, olvidado de sus días de esplendor junto a Shirley Temple y Frank Sinatra y el elenco de *El mago de Oz*. No.

Tampoco era el intoxicado Buddy Ebsen con sus calambres y sus ahogos; con su disnea y su maquillaje venenoso.

Una armadura cubría el cuerpo de aquel Hombre de Hojalata; aunque quizá sea un poco exagerado llamar armadura al armazón metálico que le rodeaba cada pierna desde el tobillo hasta más arriba de la rótula e impedía que las extremidades se le doblaran como si fuesen de goma, que es de lo que eran en realidad.

Cuando el Hombre de Hojalata aprendió a andar, aquellos hierros, que unas tiras de velcro le fijaban a las piernas, acompañaban sus pasos con un extraño ruido como de ferretería. De chatarra.

Mi hermano Curro, el nuevo Hombre de Hojalata. El Niño, más bien; sin embudo en la cabeza, pero de Hojalata.

A punto de tropezar en cualquier momento, mi hermano Curro; a punto de desmoronarse entre un escándalo de tuercas y tornillos y bisagras oxidadas.

Que mi hermano Curro perdía aceite, decían en el barrio; y era verdad. Iba dejando tras de sí un reguero espeso que no era pipí.

Era 3-En-Uno.

Ya antes de que adoptara la costumbre de disfrazarse cubriendo su cabeza con un velito negro, cenar fuera de casa con mamá se había convertido en toda una aventura.

No solía elegir yo nada lujoso: lo justo para tranquilizar mi conciencia haciendo ver que gastaba dinero, más que con mi madre viuda, en mi madre viuda.

Cenas, casi siempre, a base de pescadito frito. Que, todo sea dicho, había que pedir con santo y seña.

–¿Qué va a ser? –preguntaba el camarero nada más sentarnos.

–Una ración de chanquetes –ordenaba mamá, rumbosa con el dinero ajeno.

Y el camarero, horrorizado:

–Señora, eso no es posible. –Y mirando con escándalo a derecha e izquierda, por si algún inspector de Consumo andaba cerca, camuflado–. La pesca de chanquetes está terminantemente prohibida.

–Y penada por la ley, es verdad, no me acordaba –admitía mi madre, compungida–. Entonces, sírvanos una de melocotón en almíbar, si es tan amable.

–Sabia elección –aprobaba el camarero, relajándose. Y a la vuelta nos traía, servicial, una racioncita de chanquetes. Nombre en clave: «Melocotón en almíbar».

Una película de espías, parecía aquello. De espías de andar por casa.

Si no cenábamos fritura de pescado, cenábamos en el chino de enfrente, el Kung Fu, un menú a base de rollitos de primavera rellenos de aire, arroz tres delicias que eran sólo dos, cerdo –del que llevó Noé en el Arca– agridulce y, de postre, flan.

A diferencia de los restaurantes chinos, los restaurantes japoneses tardaron en proliferar; no como hoy, que superan en

número a los bancos.

Recuerdo cuando abrió el Mikado, el primer japonés del barrio. En un arranque de generosidad, quise invitar a mi madre.

–Te va a encantar la comida japonesa –la animé.

–¿Comida japonesa? –Alzó la voz, como si en vez de comida japonesa le hubiese propuesto cenar lejía–. Ni a punta de pistola como yo pescado crudo: tiene sirtaki.

–Sirtaki no, mamá: anisakis.

–Como se diga.

–Es un parásito. Y no te preocupes, los restaurantes japoneses, por norma, deben congelar el pescado antes de tratarlo –le expliqué–. Es precisamente el proceso de congelación lo que acaba con el anisakis.

–Si tú eres feliz creyéndote esa memez, allá tú –fue su respuesta–. Pero yo me quedo más tranquila si nos pedimos unos espetitos de los de toda la vida. Porque espetos tendrán, ¿no?

Fin de la conversación y de nuestro paso por el restaurante japonés del barrio. El Mikado.

Las cartas del tarot de la Perruna nunca mostraban el futuro. Mi curiosidad por el rey de las huestes del mar, en lugar de por la princesa de la llama brillante; mi interés por el rey de los espíritus del aire, y no por la hija de la espada flamígera; mis preferencias por el grande de la noche de los tiempos, antes que por la rosa de fuego.

Tampoco predijeron las cartas de la Perruna el exilio de mi abuela; que jamás regresaría al Pico de las Ánimas; que yo volvería una vez, una única vez; y que aquello que iba oscureciendo el horizonte, ¿no serían nubes de tormenta?

Porque la baraja de nuestra Clari Vidente sólo servía para recrear el pasado, que se desplegaba sobre la mesa camilla igual que las fotos de *¡Hola!, Semana, Lecturas y Diez Minutos*: a todo color; los protagonistas de la actualidad sustituidos por las figuras del tarot de Marsella, ciudad de donde mi abuela aseguraba que también procedía el jabón. «Quizá llegaron en el mismo barco», podría haber añadido la Top Secret, de haberse atrevido a hablar o de haber podido hablar.

Caballeros, espadas, pentáculos, varas, pajes, reinas y reyes mezclados con la torre herida por el rayo, el eremita, el loco, la rueda de la fortuna. Los extendía con una sola mano, y lo que en realidad extendía era una historia; cada carta un «continuará», un capítulo más, un nuevo episodio de aquellos folletines que aún no se llamaban *Dinastía* o *Los Colby* o *Falcon Crest*, pero en los que a las palabras de la Perruna seguía siempre un silencio que ni en misa, señal de que todos teníamos clavado bien hondo el anzuelo, y en ese «todos» incluyo a los indios y los vaqueros con los que mis hermanos y yo jugábamos en el suelo de aquellas casas sombrías del Pico de las Ánimas. En otra época. En otra era.

El holoceno. El pleistoceno. El plioceno.

No, en las cartas de nuestra particular Sherezade nunca estaba el futuro; y la muerte era siempre la muerte de los demás.

Como los mil quinientos trece náufragos que perdieron la vida en la tragedia del *Titanic*.

Pájaro sin vuelo

Aquel pájaro se moría.

Era un gorrioncillo. Se había colado en casa buscando refugiarse del calor y, aturdido, acabó chocando contra el espejo del salón. Y en aquel trozo de cielo por el que creyó poder seguir volando dejó un manchurrón de sangre. Como si en el azogue se hubiera abierto una herida.

Al recogerlo del suelo, las manazas de mi hermano Curro terminaron de rematarlo; aunque los párpados, cerrados, aún se le agitaban, temblorosos, mientras abría el pico. Daba la impresión de que estuviera reuniendo fuerzas para piar; pero lo más probable es que estuviese intentado respirar. Simplemente.

Llorando, Curro se lo tendió a mi abuela. Con su media lengua, dijo:

–Yaya.

Una palabra fácil de pronunciar, como las palabras que componen el vocabulario de Curro. «Agua.» «Papá.» «Mamá.»

–Yaya.

Quería decir mucho más, claro. Quería decir: «Haz algo». «Ayúdale.» «Sálvalo.» Una sola palabra, «yaya», para expresar tantas cosas.

Mi abuela se quedó mirando a mi hermano. En su rostro, la expresión de quien comprende que lo que se le está pidiendo es algo imposible. Un milagro.

–Pero nene...

La Voz Cantante, de repente, enmudeciendo. Salvo por aquel:

–Pero nene...

Un suspiro, casi.

La mano de mi abuela extendida a la espera de una limosna, lo mismo que la mano de mi madre, tantos años atrás, en la consulta del médico de la factura: quinientas pesetas. Sólo que la palma de la mano de mi abuela no estaba vacía como la

palma de la mano de mi madre aquella otra tarde: en la palma de la mano de mi abuela, ahora, una bola de plumas que se estremecía. Mientras Curro:

–Yaya.

«Tú, que todo lo puedes.»

La Cuesta de los Ahogados

Salvo mi abuela, la Perruna y la Top Secret –es decir, salvo mi abuela y la Perruna, porque la Top Secret no decía ni mu–, al Pico de las Ánimas ya nadie lo llamaba así, ni mucho menos por su nombre completo y más largo de Pico de las Ánimas del Purgatorio, que le venía, según ellas, de un antiguo enterramiento que se rumoreaba que hubo allí arriba. ¿Fenicio, griego, púnico, romano? Mi abuela y la Perruna nunca se ponían de acuerdo, y la Top Secret se limitaba a encoger los hombros, resignada. ¿Acaso importaba?

Fue durante las primeras horas del 24 de septiembre de 1907, y sin que hubiera caído ni una gota en la ciudad –ni una sola–, cuando el agua se lo llevó todo por delante. La misma furia, o peor, que en las inundaciones de 1905, de 1902, de 1901. Quienes se remontaron más atrás en el tiempo hablaban, incluso, de la misma furia, o peor, que en 1786 o 1764 o 1661. La furia del demonio.

Las lluvias del día 23 habían anegado la cuenca del Guadalmedina y en la madrugada del 24 Málaga empezó a parecer el infierno. Una tromba de agua iría derribando puentes que se desplomaban como fichas de dominó aunque con más ruido: el antiguo puente de La Aurora, el de Santo Domingo, el del ferrocarril, cada uno arrastrado por la fuerza de la riada hasta chocar contra el siguiente, y así uno tras otro, excepto el de Tetuán, que se mantuvo firme mientras el río embestía con una rabia salvaje.

Por más que continuara sin llover, la tierra se bastaba y se sobraba para escupir agua y lodo y fango, los silbatos de los serenos advirtiendo del peligro, las campanas de la catedral enloquecidas, las de las iglesias de toda la ciudad dándoles la réplica y despertando a quienes aún dormían, el nivel de la avalancha superando los dos metros, los tres metros, los cuatro, los cinco metros, alcanzando los balcones, las terrazas,

una marea que lamía muros y fachadas e iba formando olas en cuyas crestas, brillantes de espuma a la luz de la luna, navegaban mecedoras, baúles, percheros, algún canario en su jaula, también unos cuantos perros, farolas, árboles, los barrios del Perchel y la Trinidad a punto de desaparecer y pasar a la historia, el número de heridos contándose por cientos, el de ahogados detenido en la cifra milagrosa de veintiuno, la crecida fingiéndose en retirada después de largas horas de asedio, haciendo creer que renunciaba a alturas imposibles –el castillo de Gibralfaro, el monte Coronado– pero, en realidad, rearmando sus fuerzas en el flanco oriental y, en un descuido de las patrullas de socorro, cuando nadie la veía, trepando veloz hasta la cima del Pico de las Ánimas en su afán por conquistarla.

El fin del mundo.

Y al descender entre bramidos, desde lo más alto del Pico de las Ánimas el torrente empezó a empujar infinidad de cadáveres que bajaban tropezando y golpeándose contra puertas y ventanas, como si, atraídos por las llamas de las velas con las que los vecinos conjuraban el miedo y las tinieblas, los muertos se hubieran acercado a echar un vistazo y estuviesen llamando educadamente, toc, toc, toc, para que les dejaran pasar a calentarse un instante junto a la lumbre. Esqueletos, momias antiguas de ojos desorbitados o sin ojos, sus cuencas vacías; tibias sueltas, mandíbulas, costillares, algún cráneo pelado, mortajas y sudarios y telas deshechas. Cadáveres como salmones vencidos por la corriente, envolturas, cáscaras de almas de un purgatorio de leyenda que en tiempos inmemoriales sirvió para bautizar aquellas calles empinadas a las que, salvo mi abuela y la Perruna y la Top Secret –es decir, salvo mi abuela y la Perruna–, nadie volvió a llamar el Pico de las Ánimas; su nombre, desde entonces, la Cuesta de los Ahogados. Qué mejor nombre que ese.

Y al despuntar el alba, apenas algún jirón de tela sobresaliendo de una alcantarilla, algún hueso finito, parecido a un huesecito de pollo, alguna madera vieja con el aire de haber sido desenclavada de un ataúd. Huellas, restos, pruebas que demostraban que los vecinos no lo habían soñado, que la pesadilla de la noche del 23 al 24 de septiembre había sido real y no una alucinación colectiva, aunque terminara imponiéndose la ley del silencio, pues quién les creería: de aquellos cadáveres fenicios o griegos o púnicos o romanos, como de los animales que sus dueños no se apresuraron a guarecer en el interior de sus casas, nunca más se supo; debió de llevárselos la corriente y sepultarlos bien hondo en las profundidades de alta mar, como un secreto, porque pasaron los días y los meses y los años y nadie los encontró, no salieron a flote, nunca, nada. Y si alguien de la otra punta de la ciudad intentó averiguar el origen de un nombre tan extraño, la Cuesta de los Ahogados, seguro que aún estará esperando una explicación.

Diseminados por la casa de mi infancia quedan algunos adornos de Navidad. Aunque no sea Navidad.

Mamá no los guardaba, hacía mucho que dejó de guardarlos. Por pereza, porque le hacían gracia o porque se había ido acostumbrando a ellos y ya no los veía. Como esa silla que sorteas para salir del salón sin reparar en ella o la librería que sobresale de la pared pero con la que jamás tropiezas.

Adornos de Navidad de muchas Navidades atrás. Treinta, cuarenta Navidades atrás.

Quizá pensaba mamá: «De mañana no pasa». Pero nunca encontró el momento oportuno.

Vestigios de otro mundo. De otra época. De otra era.

El holoceno. El pleistoceno. El plioceno.

Restos, fósiles, insectos en una gota de ámbar.

El ámbar de la purpurina del cartel de *Merry Christmas*. Sujeto de mala manera a la pantalla de la lámpara del recibidor, el cartel da la bienvenida a las visitas que se equivocan de piso. El cartel cada día más torcido, con menos purpurina.

El Papá Noel de tela colgado de una chincheta en la puerta del cuarto de estar. La lana de las barbas le llega a los talones.

El angelito rubio que, a lomos de la estrella de Belén, pende de una de las volutas del marco del espejo del salón y parece que vaya a atravesarlo, como el gorrión aquel...

El Niño Jesús de escayola que pinté en el colegio, un bebé dormido sobre una pelusa de conejo, el dedo gordo de la mano derecha en la boca, su piel, la piel del niño, en otro tiempo marrón: hoy del color de la carne cruda. Más que de recién nacido, el Niño Jesús tiene pinta de recién muerto.

Nuestras Navidades, desperdigadas por los rincones de la casa de mi infancia. Como pecios. Como reliquias.

Un muñeco de nieve con sombrero de copa que infla los mofletes porque está tocando el saxofón.

Una solitaria bola del árbol de Navidad, roja, rodeada de una serpiente verde de espumillón; sus compañeras, seguro, a buen recaudo en el interior de alguna caja, en el fondo de algún armario, donde conviven a oscuras con la Virgen María, San José, la mula y el buey, Melchor, Gaspar y Baltasar, los pajes, los camellos, los pastores, las ovejas e incluso el papel de estaño que imita el cauce del río, cobijados todos, amancebados entre las ramas del abeto artificial, si es que no terminamos tirándolo.

La vela del centro de mesa de la cena de Nochebuena. De la comida de Navidad. De los festejos de Año Nuevo. De la celebración de Reyes. De nuestros lunes y nuestros martes, sábados, domingos.

Expuestos como en esas tiendas de artículos navideños abiertas todo el año que dan tanta pereza en julio y, sobre todo, tanto calor.

Si rompe algo, debe pagarlo.

Pequeños naufragios. La vida entera.

Fotos de mamá, inexplicablemente, hay sólo tres.

La primera foto, respetando el orden cronológico, es la de los caballitos de la feria de la Virgen del Carmen o de la Asunción o de San Miguel, cualquiera sabe a qué feria o verbena pertenece esa instantánea en blanco y negro en la que mamá y su peinado de torre se han quedado atrapados dando vueltas para siempre en el tiovivo. Con una mano sujeta mamá la barra metálica que atraviesa el lomo de su corcel –más que sujetarla, la estruja, los nudillos blancos por el esfuerzo–; con la otra se estira la falda hacia abajo en un gesto de recato o de vergüenza, aunque puede que el gesto obedezca al miedo, al recelo de quien no ha salido mucho de su pequeño mundo en los alrededores del Pico de las Ánimas e ignora los peligros que acechan en medio del tumulto. «¿Qué hago yo aquí?», indica su actitud alerta, envarada, «¿Qué se me ha perdido aquí?», el cuerpo de mamá agarrotado –«crispado» es la palabra–, en sus labios lo menos parecido a una sonrisa, su cara la cara de quien no se está divirtiendo en absoluto y pierde la mirada lejos, en otro lugar donde se lo estaría pasando mejor o donde estaría más cómoda que junto a papá, ese donjuán que permanece de pie, a su lado, e inclina la cabeza sobre ella como si le susurrara al oído una broma, un secreto, una lisonja. O como si estuviese a punto de pegarle un mordisco en la curva del cuello. Ñam.

La segunda foto, también en blanco y negro, es de su boda. Mi padre en primer plano, de chaqué, riendo con esa risa suya, atronadora; la risa de papá como el zumbido del interior de una caracola, si pego la oreja a la foto, la oigo, si despego la oreja, se apaga la risa. Mi madre detrás de él, semiculto el perfil tras la nube de gasa del velo. Mamá un insecto atrapado en la telaraña de su vestido blanco, que en realidad no era suyo, sino prestado; se lo prestó una de sus primas del pueblo y hubo que

arreglarlo y ajustarlo, mamá y la abuela –aguja, dedal e hilo– aplicadas a la tarea, mamá a la de ensanchar la cintura de su traje de novia embarazada, mi abuela a la de suspirar meneando la cabeza cada vez que le preguntara, supongo, dónde tendría mamá la suya, su cabeza, sobre los hombros no, desde luego; algo en lo que, después de todo, su hija tenía a quién parecerse, Santa Cojona Bendita. Más que una foto de mamá, esta segunda foto es una foto de la nariz de mamá. No se esconde ella: me esconde a mí, me preserva. De miradas indiscretas, acusadoras. De las malas lenguas. Porque aún no he llegado, pero ya estoy ahí. Y hace bastante que dejé de tener el tamaño de un guisante.

Si pocos meses separan la primera foto de la segunda, entre la segunda y la tercera han transcurrido, creo, unos cuantos días; puede que una semana. Esta tercera foto es una de esas instantáneas de bordes dentados, asimétricos; el tipo de foto que encuentras en los puestos del rastro. Mamá debería estar en su luna de miel –en Mallorca, en Altea, en Benidorm, por ahí–, pero no: donde está es en la terraza de su hogar de recién casada de prisa. Nuestro hogar. A espaldas de mamá, la iglesia del Carmen con su cruz y sus dos campanarios, porque los edificios de enfrente –los bloques de pisos que se alzaron con el tiempo al otro lado de la calle, tapándonos la vista– aún no han sido construidos; no existen, por tanto, los comercios de sus bajos, la ferretería, el restaurante chino, la cafetería y churrería; sólo la iglesia del Carmen existe, sólo el sonido de sus campanas, que, a juzgar por la placidez de mamá, va siendo hora de que repiquen, de echarlas por fin al vuelo, «No me importa si es niño o niña, lo importante es que venga bien», el peinado de mamá ya no de peluquería, ya no una torre: el peinado de mamá distinto al de la primera foto, su pelo negro, suelto, más natural, como alisado con los dedos o con un cepillo. Lleva una rebeca abotonada hasta arriba –una rebeca blanca o de tonos crudos– y al cuello un collar de perlititas que le

llega justo al tercer botón. Apoya sus manos sobre el vientre. Sobre mí. Ya falta poco, parece indicar también esa media sonrisa que le descubre algunos dientes y le ilumina el rostro, por fin relajada mamá, por fin orgullosa, feliz, su nariz mi nariz, ahora que me fijo bien.

Había más fotos, seguro. Entre las fotos de papá y nuestras fotos, entre las marinas, los cuadritos de *petit point* y la antigua postal del Pico de las Ánimas que rescaté para mi abuela, recuerdo que había más fotos de mamá. Pero quizá las fue guardando por pudor. Para no verse envejecer. Para olvidar su antigua vida.

«Mamita era una mujer enorme. Una negra reluciente, africana pura, devota de los O'Hara hasta dar por ellos la última gota de su sangre; la mano derecha de Elena, la desesperación de sus tres hijas y el terror de los demás criados de la casa. Mamita era negra, pero su regla de conducta y su orgullo eran tan elevados como los de sus amos.»

Al presentárnosla, dos veces dice Margaret Mitchell que Mamita es negra; dos veces necesita decírnoslo. Y entremedias, por si no nos hemos enterado, puntualiza: africana pura. Lo cual no significa que aquellos tiempos en los que vivió y escribió Margaret Mitchell fueran mejores que estos, en los que leeríamos que Mamita es afroamericana o de color; y costurera, quizá, en vez de esclava.

Mitchell publicó *Lo que el viento se llevó* en 1936. Un manuscrito que, según la leyenda, ocupaba una maleta entera: la que se vio obligado a comprar su editor, Harold Macmillan Latham, para poder cargar con el futuro Pulitzer de novela de 1937.

No, la segregación racial hacía que 1936 y 1937 no fueran mejores que esta época timorata que nos ha tocado en suerte. Tampoco era mejor 1939, el año del estreno de la película, ni 1940, cuando Hattie McDaniel, hija de esclavos, ganó el Óscar a la mejor actriz secundaria por su papel de la criada Mammy. Mamita.

Toda una sorpresa, aquel premio. Porque se esperaba que el galardón lo consiguiera Olivia de Havilland, la piadosa Melania, y no Hattie McDaniel, la primera actriz de raza negra en lograr un Óscar.

Cantante además de actriz, Hattie McDaniel venía de rodar a las órdenes de John Ford, de Raoul Walsh, de John Huston. Había trabajado con Mae West y Errol Flynn y Bette Davis y Katharine Hepburn e Irene Dunne; incluso había trabajado con

Shirley Temple, lo mismo que Jack Haley, el sustituto del envenenado Buddy Ebsen a la hora de dar vida a Hickory, el Hombre de Hojalata en *El mago de Oz*. Película que, por cierto, sólo se alzó con dos Óscar, frente a los trece de la triunfadora de la noche, *Lo que el viento se llevó*.

Y ya que hablamos de las sorpresas de la gala del 29 de febrero de 1940, celebrada en el hotel Ambassador de Los Ángeles, no lo fue el Óscar a Vivien Leigh como mejor actriz principal por su Escarlata O'Hara. Sí, en cambio, que Clark Gable, alias Rhett Butler, se quedara sin la estatuilla al mejor actor principal: se la arrebató Robert «Mr. Chips» Donat.

Pero no desviemos nuestra atención de Hattie McDaniel. El público ha dejado de aplaudir, ya se han apagado los fogonazos de las cámaras fotográficas. La música indica que el espectáculo continúa. Y Hattie, con su óscar en la mano y sonriendo más de asombro que de felicidad, baja del escenario y se dirige hacia una mesa al fondo del salón. Allí está el lugar que debe ocupar. Allí, en la parte de atrás, lejos, y no junto a los actores de *Lo que el viento se llevó*, sus compañeros de reparto.

Previamente, David O. Selznick, productor del filme, ha tenido que pedir que a Hattie McDaniel se le permita la entrada en el hotel Ambassador. Sin embargo, de nada sirvieron sus influencias para que la actriz acudiera al estreno, el 15 de diciembre de 1939, en el Gran Teatro Loews de Atlanta. O puede que ella no asistiese por miedo a que su presencia causara algún altercado, quién sabe.

Defendiéndose de los papeles que le habían tocado en suerte a lo largo de su carrera, Hattie McDaniel nunca se cansó de repetir: «Prefiero interpretar a una sirvienta que ser una en la vida real». Palabras que otras versiones han convertido en: «Prefiero actuar de sirvienta y ganar setecientos dólares semanales que ser una sirvienta y ganar siete». ¿Y quién no?

«Lo hice lo mejor que pude», dicen que dijo también. «Lo hice lo mejor que pude, y Dios hizo el resto.»

«Las gaviotas deberían estar terminantemente prohibidas; mejor aún, habría que exterminarlas a todas.» Mamá durante los que eran –pero aún no lo sabíamos– sus últimos días. Protestando desvelada: «¿Quién puede dormir con este griterío? Quién que no esté sordo, claro. Incluso de noche las he oído a veces. No descansan, no paran nunca, menuda escandalera de gaviotas por la mañana, por la tarde, a todas horas. Es lo malo de vivir junto al mar: el agua las atrae, y a mí me sacan de quicio con esa especie de ladridos suyos.» Y yo: «Graznidos, mamá, se llaman graznidos». Pero ella embalada, a punto de extender los brazos, a punto de agitarlos y echar a volar por el salón: «Iac, iac, iac», las imitaba mamá, «Iac, iac, iac, ¡IAC, IAC, IAC! Algo así», concluyó no muy convencida antes de continuar: «Siempre me he preguntado si las gaviotas, en el fondo, no se estarán riendo. En los tímpanos tengo metidas sus carcajadas, como un taladro. Desconfío de esos bicharracos, me espantan, sólo hay que ver lo grandes que pueden llegar a ser, cómo abren las alas, cómo las baten y planean en el aire, sus sombras sobrevolándote constantemente, en la playa, en el puerto, en la calle o mientras tiendes la ropa en el patio, sus chillidos inundándote la casa aunque tengas las ventanas cerradas, sus risas persiguiéndote de habitación en habitación, atrancas una puerta y sus risas colándose por debajo, crees que les has dado esquinazo y sus risas detrás de ti, esperando a que te des la vuelta para burlarse de tu torpeza. Malditas gaviotas, vigilándolo todo con esos ojos de loco, los picos abiertos, ganchudos, voraces, a la caza de un pez en el mar, de un cangrejo, de algún gorrioncillo despistado, de lo primero que encuentren, basura, desperdicios, más vale no pensar qué buscarán esas aves, ni siquiera me parecen bonitas. Qué asco de plumaje el suyo, qué poco glamur, cómo no se limpiarán a picotazos la suciedad, los lamparones de grasa, las manchas de alquitrán, ¿o no es

alquitrán lo que les tiñe de negro la punta de las alas? Me recuerdan a los buitres, tienen algo salvaje en la mirada. Incluso cazan palomas: en Barcelona se han dado casos, he leído la noticia en el *SUR*, y si se han dado casos en Barcelona, también se darán en Málaga, vamos, digo yo, compartir el mismo mar significa compartir las mismas gaviotas, ¿a que sí? Por todas partes están, las ves posadas en el puerto, en la playa, en los tejados, un ejército en formación, sus picos temblando, castañeteando». Y yo: «Tableteando, mamá, tableteando». Pero ella, sorda: «Disimulan, se ahuecan las plumas, las abomban mientras fingen que sestionan, que se calientan al sol, cuando en realidad lo que hacen es esperar, asintiendo todas con la cabeza a destiempo, unas primero, otras después, luego las de más allá, las últimas del grupo, de la bandada, como se diga, las cabezas de las gaviotas moviéndose con la cadencia de las olas, arriba y abajo, arriba y abajo, como cargándose de razón, como pensando; pero pensando qué, qué pensarán las gaviotas, qué se les pasará por la mente. No es extraño que Hitchcock las incluyera en el reparto de *Los pájaros*, donde el festín era una despavorida Tippi Hedren. Maravillas habría hecho Greta Garbo con ese personaje, pero claro, La Divina ya se había retirado. Imagínatela: La Mujer Que No Ríe poniendo cara de espanto y contagiándonos su angustia con sólo una mirada. Quizá fue esa mirada la que bastó para enamorar a Marlene Dietrich, El Ángel Azul, Las Piernas Perfectas, la mejor *femme fatale* de la historia del cine. Porque entre ambas hubo sus más y sus menos, ¿te lo he contado alguna vez? Si Marlene Dietrich mantuvo cierta rivalidad con la Garbo, ¿no sería para encubrir el amor que las unió en su juventud?» Y tras una pausa: «A mi *Poli* se la llevaron». Y yo, que me preguntaba si no se le estaría yendo la cabeza: «¿Marlene Dietrich y Greta Garbo se llevaron a *Poli*? ¿Y quién es *Poli*, si se puede saber? Mamá, ¿de qué demonios hablas?» Y ella: «De las gaviotas, hijo, de qué voy a hablar, cómo se nota que nunca me escuchas... Estábamos jugando en

un descampado del Pico de las Ánimas. Yo le tiraba la pelota, *Poli* la alcanzaba y, con su trote gorrinero, venía a devolvérmela, mordiéndola flojito para no pincharla. Horas y horas así. Y de repente una sombra cubriendo el cielo como una nube de tormenta, y un restallar de sábanas tendidas al sol que no eran sábanas, y un ladrido tembloroso que se convirtió en un grito de terror. Desde entonces sé que los perros gritan de miedo... Pobre *Poli*, una de sus patitas traseras aprisionada por el pico de la gaviota, que me observó con ojos enloquecidos antes de elevarse sacudiendo unas alas gigantescas que parecían las aspas de un ventilador industrial. “¡*Poli!*”, chillé, y mi chillido se confundió con los chillidos de la perra, que se bamboleaba y se sacudía cabeza abajo en el aire, mirándome sin entender qué nuevo juego era aquel. Mi *Poli*, convertida en un animal de circo: “*Poli*, la perrita voladora, más difícil todavía”. Y entonces sí: entonces, antes de alejarse con ella en el pico, la gaviota me pareció majestuosa. Majestuosa hija de la gran puta. Imponente, la muy cabrona... Busqué a *Poli* durante días. Por el barrio y por otros barrios que no eran el nuestro. Por las playas de los Baños del Carmen, de Pedregalejo, del Dedo. Con la ayuda de tu abuelo y de tu abuela la busqué, con la ayuda de amigos, de vecinos. Ni rastro... *Poli* sabía mantener el equilibrio sobre las patas traseras para pedir la comida, tumbarse y hacerse la muerta, dar la patita. Y luego dicen que los niños no tienen paciencia: todas esas cosas se las enseñé yo... Y lo más increíble de todo: *Poli* roncaba. Te parecerá mentira, pero roncaba, lo juro. También soñaba. A veces, mientras dormía, veías cómo los ojos se le movían bajo los párpados; muy, muy deprisa se le movían los ojos, de izquierda a derecha, o de derecha a izquierda, ahora no lo sé, no me acuerdo bien; los ojos de *Poli* como los limpiaparabrisas de un coche, de un lado a otro, sin parar... Ladraba en sueños *Poli*. Puede que soñara que jugaba conmigo, que me devolvía la pelota. O puede que soñara que perseguía a otro perro o a una gaviota, qué horror. En

sueños ladraba con unos ladridos diminutos que no llegaban a salir de su boquita cerrada. “Ladridos interiores”, decía tu abuelo que eran... Ay, *Poli*. ¿Y si la gaviota abrió el pico antes de tocar tierra? ¿Y si la soltó en el aire, la dejó caer y *Poli* se despanzurró contra el suelo?» Mamá se enjugó una lágrima que sólo existía en su recuerdo y suspiró: «Ojalá». Y enseguida: «Habría sido más rápido, más humano; habría sufrido menos. Prefiero ese final que imaginármela despedazada por aquel pico de acero por el que quizá, mientras trituraba y se tragaba a mi *Poli*, a la gaviota se le iría escapando la risa».

La casa de mi infancia va llenándose de tierra que hay que barrer cada dos por tres; y me pregunto si será cosa del viento o seré yo, que me voy volviendo de roca, de piedra, de arena, gastándome poco a poco, como decía mi abuela que nos ocurre a todos a partir de cierta edad.

También decía mi abuela que la Perruna, cuando dormía, enseñaba la garganta. Tardé en comprender que mi abuela no se refería a que su amiga durmiera con la boca abierta, porque jamás la vimos dormir así, desencajada la mandíbula. A lo que se refería mi abuela era a que, a medida que el sopor le cerraba los párpados y se iba quedando traspuesta ante la taza de café de aquellas largas sobremesas en el Pico de las Ánimas, los muslos de la Perruna tendían a separarse, tensándole la falda; la tela de la falda de la Perruna subiendo de una forma indecorosa milímetro a milímetro hasta dejarle al descubierto precisamente eso: la garganta. Porque la Perruna no usaba bragas.

Y mi abuela:

–¡Hala, toda la pescadería al aire!

Y:

–Juraría que nos está sacando la lengua. ¿Eso que se ve al fondo no es la campanilla?

En invierno...

–Se va a constipar, mejor la despertamos.

...lo mismo que en verano:

–Parece que boquea. –Y echando mano de su abanico–: Quizá tenga calor.

Y entremedias:

–Asómate y verás –invitaba a la Top Secret bajando la voz mientras le hacía gestos para que se acercara a fisgar–: ¿No te lo decía yo? La lengua, nos está sacando la lengua.

Mi abuela y su imaginación a prueba de bombas. Como cuando nos explicaba a la Perruna y a nosotros su teoría sobre la mudez de la Top Secret:

–Es corta de piel. Si abre la boca se le cierran los ojos, y al revés. Hablar la obligaría a tener los ojos cerrados, y eso sí que no. No vería ni torta.

O una de las primeras veces que fuimos a la playa:

–Abuela, quiero hacer pis.

–Pues aprovecha y hazlo en el agua, tonto de baba.

–¿En el agua? ¡Qué asco!

–¿Asco? Niño, mira que nos has salido remilgado. ¿Por qué te crees que el agua del mar está salada? ¿Porque Dios la hizo así? ¡Claro que no! El agua del mar está salada porque todo el mundo se hace pis en ella desde el principio de los tiempos, cientos de años de investigaciones y estudios lo han demostrado. En la piscina se nota menos porque al agua le echan cloro y otras marranadas por el estilo...

Crecí odiando la playa.

Una expresión muy de mi abuela: «Hasta los topes». Otra expresión muy suya: «La intemerata». Así cargábamos nosotros el coche, los domingos, camino de la playa: hasta los topes. Metiendo en él la intemerata de bártulos. En el maletero y en la baca e incluso, por aprovechar el espacio, encima del cenicero, que es donde mi abuela nos acusaba de obligarla a sentarse, la mar de incómoda, mientras se dedicaba a inventar con su abanico pases que años después creí reconocer en las actuaciones del grupo Locomía. Porque aire acondicionado no teníamos –ni nosotros ni nadie–, lo que teníamos era calor, mucho calor. Calor y sombrilla y toallas y flotadores y manguitos y aletas de goma y gafas de buceo con sus correspondientes tubos para respirar; y sillas plegables y gaseosa y pepitos de ternera y, según los días, sandía o melón de postre. Sin olvidar la pelota de Nivea, que llevábamos inflada y nos la íbamos lanzando mis hermanos y yo dentro del coche, un Seat 1430 azul.

Ir a la playa los domingos no era ir a la playa, ir a la playa los domingos era una odisea. Porque papá decía que las playas de Málaga no eran playas en condiciones. Ni la de la Misericordia ni la de Pedregalejo ni la de Chilches ni la de Torre del Mar: ninguna le parecía bien y a todas les sacaba defectos. Para papá, ir a una playa «en condiciones» era acercarse hasta Nerja, hasta Maro, hasta Salobreña y más allá.

«Acercarse.» Como si las playas que le gustaban a papá estuvieran a la vuelta de la esquina y no a horas de distancia.

Menudos viajecitos. Papá al volante del 1430 verde con cara de velocidad y ganas de compartir con nosotros el humo de sus puros, mamá diciendo «No tenemos prisa» y consultando a hurtadillas su reloj de tanto en tanto, mi abuela refunfuñando. Con lo a gusto que se habrían quedado en casa ella y su abanico. «No sé por qué no me dejáis abandonada en una

gasolinera; palabrita del Niño Jesús que no os voy a denunciar», prometía mi abuela. Con tal de salir del coche...

No, por más que Los Payasos de la Tele insistieran los sábados por la tarde en convencernos de lo contrario, viajar no era un placer: era un martirio. Las caravanas de los domingos, una tortura. Y el coche, una sauna. Con las ventanillas subidas, con las ventanillas bajadas, con las ventanillas a media altura, daba igual: el 1430 negro, una sauna que ni las de Finlandia. Llegar, llegabas a la playa. Más delgado, pero llegabas. Como recién salido de la clínica Buchinger. Y después de tantas horas espachurrados dentro del coche, plantábamos los pies en la arena con el temblor y la emoción de Armstrong al pisar la superficie lunar. Otro gran paso para la humanidad.

Recuerdo el verano en que se puso de moda la leyenda de la Chica de la Curva. La típica chica muerta que hace autoestop y que, una vez acomodada en tu coche y cuando menos te lo esperas, te advierte a voz en grito: «¡Cuidado con la próxima curva, cuidado con la próxima curva!», obligándote a reducir la velocidad y salvándote de un terrible accidente en la próxima curva.

Aquel verano todo el mundo insistía en haber visto a la Chica de la Curva. Aquel verano no eras nadie si no habías llevado en tu coche a la Chica de la Curva.

A nuestro 1430 azul o verde o negro nunca se subió, ya me habría gustado. Y yo soñaba con la Chica de la Curva sentada de media anqueta en el asiento trasero entre la sombrilla y las toallas y los flotadores y los manguitos y las aletas de goma y las gafas de buceo con sus correspondientes tubos para respirar, la Chica de la Curva aprisionada entre las sillas plegables y la gaseosa y los pepitos de ternera y la sandía o el melón y la pelota de Nivea, la Chica de la Curva contorsionándose entre mi abuela y el abanico de mi abuela y mis hermanos y yo y el perro, de haberlo tenido. La pobre Chica de la Curva sin llegar jamás a la curva. Bajándose antes.

Excusándose: «Me quedo aquí, si no les importa». Explicando que no soportaba las apreturas. Y tras un ligero carraspeo:
–El calor me mata.

Lo cierto es que mi abuela, cuando quemó la cocina, quemó sólo eso, la cocina, y no la casa entera. Lo de «la casa entera» fue una exageración de papá y lo que después, con ese gusto tan suyo por la ficción literaria, empezaría a contar mi abuela, desvariando, inventando detalles, engordando el recuerdo de aquella cazuela que negaba haberse dejado olvidada en el fuego. «El misterio sigue en manos del Vaticano –se mofaba papá–. ¿No existen personas que son víctimas de la combustión espontánea y arden de improviso, a lo mejor están en la calle o en el autobús o en la cola del supermercado y de repente, ¡zas!, se convierten en antorchas humanas? Pues esto, igual. La de vuestra abuela fue la primera cazuela de la historia que alcanzó el punto de ignición sin la ayuda de nadie. Aunque es el Papa quien finalmente deberá decidir si la cazuela estaba o no poseída.» Mi padre disfrazando de guasa su crueldad, su inquina hacia mi abuela: «Porque nadie puso aquella cazuela al fuego, ¿verdad, suegra?» Y mi abuela, que jamás volvería a poner un pie en el Pico de las Ánimas, rumiando su exilio mientras su yerno cogía carrerilla: «Ahora que lo pienso, ¿hemos recibido ya la carta con el dictamen de Su Santidad?» Mamá, claro, ni se molestaba en responder; como mucho, un «Anda y que te zurzan». Mi abuela, en cambio, balbuceaba que el cartero no había traído aún la misiva –así la llamaba ella, «misiva»–, seguro que estaría al caer; a lo mejor en el reparto del día siguiente; pasado mañana, a más tardar. Determinada a probar su inocencia, se había tragado el anzuelo de aquella falsa carta –aquella misiva– con la que el Papa zanjaría el caso, eximiéndola de toda responsabilidad y confirmando *urbi et orbi* El Milagro De La Cazuela Que Se Prendió Fuego Sola, mi abuela, libre de cargos, regresando por fin a la Cuesta de los Ahogados, entretenida de nuevo a jornada completa con su repertorio de achaques –el mal de Stokowski-Gettinger, el mal

de Hyltén-Cavallius, el peligrosísimo mal de Schleswig-Holstein— ahora que no era necesario que se ocupara de defender su honor cada vez que papá insistía: «Nadie puso aquella cazuela al fuego, ¿verdad, suegra?, nadie se la dejó olvidada como por despiste». Mi pobre abuela jurando y perjurando que la culpa del siniestro —otra palabra muy de mi abuela, «siniestro»— no había sido suya. «Menudas llamas», añadía entornando los ojos cada vez que su mente trastornada volvía al día de autos —la expresión también era suya... y de la sección de sucesos del diario *SUR*: «El día de autos»—: «Hasta el techo llegaban, hasta el tejado», mi abuela adornando la catástrofe en su imaginación, donde las llamas de la cocina alcanzaban el pasillo e iban churruscando el cuarto de estar, el recibidor, su alcoba, los cimientos; las llamas, imparables, escapando Pico de las Ánimas arriba y Pico de las Ánimas abajo. «Poco faltó para que saliéramos en los papeles: “¡INCENDIO XXL!”, “¡ARDE MÁLAGA!”», inventaba mi abuela con dramatismo y esa tendencia suya a la exageración; aunque quizá no era la exageración la que hablaba por su boca, quizá era la demencia senil cambiándole de sitio los recuerdos, desordenándole la memoria, desbaratándose todo. «A puntito de asfixiarnos estuvimos, al borde de la muerte, ¿os acordáis, niños?», añadía entusiasmada. Y yo me acordaba del hollín que se me metió por los orificios de la nariz y me ennegreció los mocos, sí, aún me acuerdo; como me acuerdo de los azulejos tiznados que mamá tuvo que frotar al día siguiente hasta dejarlos limpios, mientras mi abuela iba guardando sus cosas en una maleta y, entre lágrimas, repetía que no había sido culpa suya, palabrita del Niño Jesús. La Perruna, la Top Secret, mis hermanos y yo abrimos todas las ventanas para que la casa se ventilara, de eso también me acuerdo. Y de que se me fue el santo al cielo. El olor a baquelita quemada me alertó. Cuando entré en la cocina, las llamas —amarillas, azules, naranjas— carbonizaban la cazuela, el agua puesta a hervir se había

consumido y no quedaba ni rastro de las nubes de vapor con las que, con la ayuda de un paño del polvo que haría las veces de manta, el apache que era yo habría jugado a hacer señales de humo desde la terraza del lavadero. Al grito de «¡fuego, fuego!», mi padre, que venía a recogernos, entró en la cocina justo en el momento en que yo apagaba la hornilla y, volviéndome hacia él, le decía: «¿Has visto a la abuela por alguna parte? Últimamente no sé dónde tiene la cabeza».

Ochocientas treinta y nueve pesetas.

La pensión de viudedad que le quedó a mamá.

«Un escándalo, una vergüenza –protestaba ella. Y por si no había quedado clara su opinión–: Una cagarruta, una auténtica cagarruta.»

Mi madre y mi abuela, al final, tan parecidas. No, no tan parecidas: tan iguales.

Para compensar aquellas ochocientas treinta y nueve pesetas –aquella cagarruta–, yo solía darle algo de dinero. De cuando en cuando.

En mi descargo diré que se lo entregaba sin muchos aspavientos, con delicadeza, como a escondidas, para que no se avergonzara de un gesto que, en el fondo, a quien avergonzaba era a mí. Por las cantidades tan mezquinas que le daba. Limosnas que nunca lograron que dejase de sentirme culpable.

–No, hijo, no, de ninguna manera –protestaba mamá, enérgica, en cuanto me veía meterme la mano en el bolsillo. Y de inmediato, por si acaso me lo pensaba mejor–: Bueno, lo que tú puedas...

Le ofrecía, no sé, dos mil, tres mil pesetas. Cinco mil, a veces. Una vez.

Y mi madre:

–Hijo, que tú tienes tus gastos... –Antes de esconder los billetes en el escote y darme las gracias y un beso.

Mis hermanos también le darían dinero, supongo. ¿Serían tan miserables como yo?

Mamá camino de su dormitorio, donde guardaba el dinero en el fondo de un cajón, junto a sus pañuelos y sus fulares y sus mantillas. Deteniéndose al creer, quizá, que yo no la veía. Contando despacito los billetes: uno, dos, tres... «¿Cuánto me habrá dado hoy, cuánto?» Y un largo suspiro. ¿De decepción?

Si papá hubiera estado vivo, le habría arrebatado a mi madre el dinero. Para contarlo él.

Con la mitad de los poderes mentales de Louis le Warner de Harmon se habría conformado la Perruna. Qué digo con la mitad: con menos de la mitad.

Aquel famoso vidente del siglo XIX, más conocido como Cheiro, vaticinó la abdicación de Eduardo VIII de Inglaterra. Entre otras muchas cosas.

«Predijo que el rey seguiría los dictados de su corazón, ¿y qué ocurrió? –Tap-tap-tap sobre la carta de la reina de los tronos de la llama–. Que Eduardo VIII se enamoró de Wallis Simpson, una norteamericana divorciada. Para poder casarse con ella, el rey se vio obligado a renunciar a la corona», explicaba nuestra Clari Vidente de andar por casa mientras los indios de plástico con los que mis hermanos y yo jugábamos en el suelo dejaban de lanzarles flechas envenenadas a nuestros vaqueros y ladeaban la cabeza, atentos. ¿Aquello que oían a lo lejos no serían campanas de boda?

Otra de las predicciones de Cheiro, según la Perruna, estaba en la nota que el médium le envió al escritor William Thomas Stead. «No se embarque en el *Titanic*, por el amor de Dios», le advertía en el inglés de Shakespeare. «Y vosotros os preguntaréis quién demonios era Stead. –Pausa dramática de la Perruna–. Diez años antes de la tragedia, William Thomas Stead había escrito un relato en el que un barco naufragaba tras chocar con un iceberg. –Y señalando con el dedo índice la carta del príncipe de los vientos impetuosos–: A pesar del vaticinio de Cheiro, el novelista decidió viajar a bordo del *Titanic*; por aquel entonces, el mayor barco de pasajeros del mundo.» Y ante el estupor de nuestros vaqueros, nuestros indios soltando sus arcos y sus flechas y sentándose en corro a los pies de la Perruna, fascinados por la historia.

«No era el de Cheiro el único consejo que William Thomas Stead se pasó por la hélice. Otro célebre espiritista, un tal

Kerlor, había tenido un sueño angustioso. En él, más de mil personas luchaban por su vida entre las olas. –Nueva pausa–. También Kerlor previno a Stead. Pero entre los setecientos cinco supervivientes del *Titanic* no estaba Stead.» Y nuestros vaqueros dando un respiro a sus revólveres y dejando que se enfriaran, en señal de duelo por el alma de William Thomas Stead.

El *Titanic* fue construido entre 1909 y 1912, informaba la Perruna, que como documentalista no hubiera tenido precio. «En 1898, cuando faltaban catorce años para su naufragio, Morgan Robertson publicó *Futilidad o el hundimiento del Titán*, la aventura de un barco que, a pesar de que los ingenieros aseguraban que no se hundiría ni a tiros, termina estampándose contra un témpano de hielo. Y en 1911, un año antes de la tragedia del *Titanic*, se editó en Nueva York el volumen *Predicciones para 1912*, recopilación de augurios y profecías donde figura esta que pone los pelos de punta: “Un Titán del mar, un coloso se hundirá en las frías aguas del Atlántico Norte”.» Y nuestros indios y nuestros vaqueros, en efecto, con las plumas y los pelos de punta.

Sobre la mesa, la carta del mago, la carta del éxito incumplido, la carta del señor de la pérdida en el placer; mientras la Perruna: «Por si fuera poco, la noche del 14 al 15 de abril de 1912, Graham Greene, que tenía cinco años, se despertó sobresaltado. La noticia del hundimiento del *Titanic* aún no había empezado a propagarse... ¡y el pequeño Graham acababa de soñar con un naufragio! “Un hombre con un impermeable se agarraba a la escalerilla de un barco mientras una enorme ola lo envolvía y se lo tragaba”, contaría después. Pero como para fiarse de un escritor», y nuestros indios y nuestros vaqueros asintiendo muy serios y dándole la razón a la Perruna: los escritores, menudos son; de lo que cuentan, siempre, la mitad de la mitad.

Recogiendo las cartas con una sola mano: «Lo único cierto es que el transatlántico británico zarpó del puerto de Southampton, rumbo a Nueva York, el 10 de abril de 1912; y que, en la noche del 14 al 15 de abril, se hundió en las profundidades del océano. –Bajando la voz–: A bordo, además de William Thomas Stead, viajaban dos mil doscientas veintidós personas, de las cuales lograron salvarse setecientas cinco». Y, a diferencia de las secretarías del *Un, dos, tres*, que recurrían a una calculadora, nuestros indios y nuestros vaqueros restando con los dedos, porque su fuerte no eran las matemáticas, y fumando la pipa de la paz antes de unirse en oración por el eterno descanso de los mil quinientos trece náufragos que no sobrevivieron a la tragedia del *Titanic*. Dios los tenga en su gloria.

Las sirenas de los barcos se cuelan por las ventanas como anunciando que fuera a ser en el cuarto de estar, y no en el muelle, donde vienen a atracar esos transatlánticos de lujo que vomitan cada día miles de chanclas y pantalones cortos y gorras de visera y cámaras fotográficas, en verano lo mismo que en invierno. «Ya llegan los cruceristas», grita por el patio la vecina de al lado mientras el sonido de las sirenas atruena el aire y estremece las paredes de la casa de mi infancia, los cristales de las ventanas, los adornos de Navidad de muchas Navidades atrás, las sirenas de los barcos el bramido de un animal prehistórico que viniera a devorarnos; muerte y destrucción. La vecina de al lado se queja de que a ella el estruendo de las sirenas le mueve las figuritas que decoran su piso, se las cambia de sitio, las revuelve y desordena. Suena una sirena y los enanitos de la vitrina del salón sufren espasmos como si los estuviesen electrocutando; suena otra sirena y saltan en todas direcciones los payasos de la rinconera, chocando entre sí y atropellándose unos a otros con las prisas propias de peatones en la hora punta de Manhattan; suena una tercera sirena y cobra vida el zoo de cristal de la consola, el oso panda, el búho, la ballena bajo el paraguas de su chorro de agua incorporado, el pelícano, la jirafa; la mariposa ya no, se ve que era sensible y delicada y optó por el suicidio dejándose caer en vuelo libre, sus alas y sus antenas un montón de cristales diminutos que no hubo quien volviera a unir con unas cuantas gotas de paciencia y pegamento. A la cuarta o quinta sirena, desperdigada la colección de tronitos de Semana Santa de la vecina de al lado, los nazarenos de la Pollinica buscando refugio bajo el palio de Zamarrilla, los del Sepulcro custodiando el Cristo de la Legión, el mayordomo de trono de Servitas marcando el paso de la Esperanza, menudo lío de Semana Santa, qué revolución cofrade. «Me paso el día colocándolo todo. Por no hablar del

destrozo que me causan las sirenas. ¿A quién le reclamo yo las miniaturas que se me estrellan contra el suelo y se hacen trizas? ¿A la Trasmediterránea, a Costa Cruceros, a Pullmantur? No gano para figuritas. A ver si se creen que mi pensión es la de una rica millonaria», rezonga la vecina de al lado cuando nos cruzamos en el portal o en el descansillo de la escalera y el terremoto de una sirena hace temblar los cimientos de la finca. «Un día de estos el edificio se va a venir abajo con nosotros dentro, como si nosotros fuéramos las figuritas», asegura. No dice «Acuérdate de mis palabras», pero el tono es similar: profético, apocalíptico. Y mirándome fijamente: «¿A ti no te rompen nada?» A punto estoy de admitir que a mí lo que me ocurre es que el sonido de las sirenas de los barcos se me mete dentro, provocándome un cosquilleo en los huesos y en los empastes de las muelas, una vibración en la memoria, de las calles del barrio nos escapábamos algunas tardes rumbo al puerto, por cuya entrada, burlando el celo de los guardias civiles de la comandancia de marina, nos íbamos colando uno a uno, el pantalán y el muelle de carga nuestro patio de recreo, un paraíso de depósitos y contenedores y grúas de afiladas patas como elefantes de Dalí; también de barcos: el *Vicente Puchol*, el *Nuestra Señora de África*, el *O Grove* y otros nombres extranjeros más difíciles de pronunciar; nombres como *Raim*, como *Dynamique*, como *Oceanis*. Entre fardos de grano y de pasas jugábamos, entre bidones de aceites Minerva y Dante nos apuntábamos con pistolas imaginarias y abríamos fuego sin piedad: «¡Ra-ta-ta-ta-tá!» Alevines de asesinos a sueldo, disparábamos a las gaviotas, a los sacos de cemento Goliat, a algún estibador desprevenido que, en vez de caer al suelo con una flor de sangre en el pecho, aullaba: «¡Niños, malas puñalás os den, quitarse d'ahí! ¿No veis que se podéis hacer daño?» Pero eso fue antes de que el puerto de Málaga dejara de ser el puerto de Málaga. El puerto de Málaga, hoy, ya no el puerto de Málaga; el puerto de Málaga, hoy, Málaga *Port*.

A gasóleo, a salitre, a mar en descomposición olía el puerto en mi infancia; a qué iba a oler, si no. A agua sucia, de estanque o de charca; a cieno y algas, a verdín. «A grajos», decía papá que olía el puerto. Mis hermanos, nuestros amigos de la pandilla y yo adivinando en cada marinero que desembarcaba con ansia de alcohol y de mujeres el perfil de un contrabandista, el peligro de un gánster, la silueta de un malhechor. A medida que fuimos creciendo también fuimos olvidándonos de piratas y tesoros y abordajes, mis hermanos y mis amigos juntando monedas, a ver si les alcanzaba, y rondando a las putas del puerto como los barcos enfilan las rocas. En un intento inútil por escapar de la vigilancia de la Guardia Civil, las putas cargaban capazos, cestas de mimbre, bolsas de la compra vacías, en sus caras el aire de despiste de quien, camino del mercado, hubiera recalado en el puerto, «Qué cabeza la mía, señor agente, en qué estaría pensando». Amas de casa más pintadas de la cuenta, las putas, más tristonas, igual de desencantadas, y yo ajeno a ellas, disimulando, sin poder apartar la vista de los marineros, observando de refilón a los estibadores que se resguardaban del sol de la tarde a la sombra de las grúas, fijándome en otras sombras más oscuras todavía, la sombra de un tatuaje, el hoyuelo de un mentón, una barba crecida. Pielas cetrinas que miraba y remiraba curioso, hipnotizado, y que después, años después, si me hubiese atrevido, si me hubiera armado de valor, de determinación o de coraje, las habría ido buscando entre las sombras sin luna del puerto, a deshora, de madrugada, haciéndome el encontradizo, «¿Tienes fuego?», como si fuera eso, fuego, lo que buscaba, el pulso de la sangre batiendo en mis oídos, un latido intenso que acallaría la respiración nocturna del puerto y el chapoteo del agua, las amarras de los barcos tensándose y crujiendo en una lucha permanente por desprenderse de los noráis que los fijaban a

tierra, tan lejos de la línea del horizonte, que entonces, en mi imaginación, parecía al alcance de la mano, ahí, aquí.

Que a mi abuela se le fuera la cabeza de cuando en cuando no quiere decir que no le funcionase perfectamente. De cuando en cuando.

«Niños, vuestro padre me tiene tanta simpatía como yo a él cariño», confesaba bajando la voz como si la casa estuviera llena de micrófonos ocultos.

Aquella frase, que mezclaba las palabras «simpatía» y «cariño» para indicar justo lo contrario, era su manera de reconocer que se sentía herida por las constantes burlas de papá, pero que las daba por bien empleadas: siempre serían más soportables que la posibilidad –la certeza, según ella– de que su yerno la recluyera en una residencia de ancianos del extrarradio. «Allí te acuestan a las ocho de la tarde no para que descanses tú, sino para que descansen ellos, los que mangonean; y te atan a la cama, y te atiborran de pastillas, y luego sales en las noticias: “DESMANTELADA OTRA RESIDENCIA CLANDESTINA”, “UN MONTÓN DE ABUELITOS MUERTOS POR DESNUTRICIÓN Y MALOS TRATOS”. Qué horror.» Precisamente por eso, porque incluso en el horror hay escalas y grados y unos horrores son peores que otros, mi abuela disimulaba y le seguía la corriente a papá, haciéndose la tonta, la despistada, acordándose de reír cuando tocaba reír aunque las bromas fuesen a su costa –y siempre eran a su costa; siempre crueles, humillantes–. Mi abuela susurrando a espaldas de papá aquello de «Niños, vuestro padre me tiene tanta simpatía como yo a él cariño» mientras nos guiñaba un ojo y se llevaba el dedo índice a los labios: chitón. El mismo dedo que levantaba, tieso, en advertencia: «Los niños oyen, ven y callan».

A pesar de sus rarezas, yo creía –aún lo creo– que mi abuela era la más inteligente de la familia, la más brillante, y papá empeñado en que no. «Una loca, una pirada», gruñía,

convencido de que su suegra desvariaba. No habría pensado lo mismo si, cada vez que mi abuela soltaba una de sus impertinencias, la hubiera mirado a los ojos –dentro de los ojos–. Nunca vio papá el odio que allí ardía. El relámpago del desprecio.

 Mi abuela, toda una experta en la guerra de guerrillas. «Vengancitas», las llamaba mamá.

 Comerse el último flan que había en la nevera para que papá se quedase sin postre.

 Olvidar algún recado telefónico, en especial si era urgente y papá su destinatario.

 Encerrarse en el cuarto de baño durante horas mientras papá esperaba fuera, en plan «¡Vilma, ábreme la puerta!».

 Papá Picapiedra cagándose en los muertos de su suegra y en sentido literal.

La escena está en la película. También en la novela.

–Téngase usted firme, retenga el aliento –ordena Mamita.

«Escarlata obedeció, cogiéndose a uno de los postes de la cama –escribe Margaret Mitchell–. Mamita tiró del cordón vigorosamente, y cuando las ballenas se cerraron aún más, rodeando la delgada circunferencia de la cintura, una expresión de orgullo afectuoso apareció en sus ojos.»

–Nadie tiene el talle tan fino como mi angelito.

Así llama Mamita a Escarlata en la novela: «Mi angelito», «mi ovejita», «tesoro».

En la película, no. En la película, la llama «señorita Escarlata». «Zeñorita E'cal-laaata», si hemos de respetar el deje de Mammy en la versión española.

La primera vez que mis hermanos y yo vimos, en una matiné, cómo le ajustaba el corpiño a su joven y caprichosa ama en *Lo que el viento se llevó* –esos tirones salvajes que dejaban a Vivien Leigh sin aliento y apretada, y que sumarían puntos, supongo, a la hora de que la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Estados Unidos decidiese concederle el Óscar a Hattie McDaniel–, aquella vez, aquella primera vez, se nos encogió el corazón: ¡era una escena que protagonizábamos a diario!

Nosotros tres, y mamá y papá y la abuela. La familia entera. Turnándonos para ser Mammy. Aunque sin enfadarnos si te había tocado ayer y te volvía a tocar hoy.

Todos convertidos en Mammy.

Porque al igual que una doble armadura le sujetaba las piernas al Niño de Hojalata que era mi hermano Curro, el tronco, también de goma, se lo enderezaba un corsé durísimo que, antes de que se levantase de la cama, había que ceñirle atándoselo a la espalda con fuerza. Pero nunca protestó. Mi hermano Curro, un aprendiz de Escarlata O'Hara al que

nosotros, sus Mamitas, le cortábamos la respiración, y no precisamente para marcar su cinturita de avispa.

Mi hermano Curro, el niño más tieso del barrio, con andares de extraterrestre o de zombi. Un monstruo de Frankenstein metálico con aires de androide C-3PO. Recién salido del cine de los domingos, donde lo normal era toparse con criaturas como él.

De otro mundo.

Parece mentira que la Perruna viera en sus cartas a los mil quinientos trece ahogados del *Titanic* y, sin embargo, no viera la ola que se llevó a mi padre.

Lo de la ola que se llevó a mi padre no deja de ser una figura retórica, un adorno; el equivalente a decir que desapareció. Que un segundo antes papá estaba ahí, chapoteando en el agua, y al siguiente se había esfumado.

¿Un corte de digestión? ¿Un mareo? Mientras el cuerpo de papá no fuese devuelto a la orilla, todo eran especulaciones. Aunque al diario *SUR* no le cabía la menor duda y anunciaba a bombo y platillo desde su portada, desterrando la información de la feria a la página cuatro:

Desaparecido en un golpe de mar

Además de no ser cierto –la de la víspera había sido una tarde calmada, sin olas, y el único golpe que pudo haber sufrido papá fue un golpe de calor–, el titular confirmaba una de las grandes máximas periodísticas de todos los tiempos: «No dejes que la realidad te arruine un buen reportaje».

Mi abuela estaba en trance. ¡La primera desaparición en nuestro árbol genealógico! Nuevo misterio que añadir al de La Cazuela Que Se Prendió Fuego Sola.

Además de en trance, mi abuela estaba encantada de plantarle dos besos al agente encargado del caso, un jovencito negruzco, espigado, atractivo. El agente Marco.

–¿Marcos?

–Marco, a la italiana –me corrigió al estrecharme la mano.

«A la italiana.» Vaya.

Mi corazón al galope. Conquistado de repente por el agente Marco, a la italiana, como antes por el mayor de los hermanos

Múlez y antes por don Matías y antes por don Miguel.

No, no conquistado «como». Conquistado de otra forma, más ansiosa y apremiante. Mi corazón pataleando en el centro del pecho y en otras partes del cuerpo a medida que yo iba recorriendo con la mirada el contorno de sus labios.

–Marco, a la italiana –repetí azorado. Y para cuando su mano liberó la mía, ya me había autoproclamado portavoz de la familia y enlace con la policía. Cargo que no llegué a ejercer.

El agente Marco, a la italiana, sólo tenía ojos –profesionalmente hablando– para mi madre. A la que, entre rodeos y perífrasis, casi tartamudeando, le preguntó si había discutido con papá el día de autos. O sea, ayer.

«El día de autos.» Mi abuela puso los ojos en blanco; y por un instante sus pies se despegaron del suelo. ¿Una ilusión óptica?

–¿Que si discutieron? Verá, agente... –Mi abuela se había hecho con el control de la situación y llevaba, una vez más, la voz cantante–: Lo normal.

Tras discutir «lo normal» durante la comida y echarse la siesta, mi padre había ido a bañarse a la playa más cercana, al igual que hacía todas las tardes en verano desde que ya no buscaba el paraíso en la arena de otras playas. Al ver que no regresaba, mi madre telefoneó a la policía. Permaneció en vela toda la noche, esperando, mientras los demás nos acostábamos; la primera, mi abuela, que pretextó que ella necesitaba dormir, como mínimo, ocho horas, Santa Cojona Bendita. Hasta que el agente Marco nos sacó de la cama.

–¿Acompañaba a su marido alguno de los niños?

–¿Los niños? ¿A la playa con su padre? –A mi abuela se le escapó la risa–. No diga tonterías, señor agente. Los niños estarían haciendo el salvaje por ahí, para variar. –Y señalando a Curro–: Todos menos este, que es un pan bendito.

A mi madre:

–¿Qué llevaba puesto su marido?

Mi abuela:

–Un bañador, qué quiere que llevara puesto, ¿la capa de Superman?

–¿Pero un bañador tipo calzoncillos ajustados o tipo pantalones de deporte?

Dejando a su hija con la palabra en la boca:

–Tipo bermudas de toda la vida.

–Color...

Mi abuela:

–El más discreto que había en la tienda: rojo, amarillo y rojo, como la bandera de España. Todos los bañadores de mi yerno son iguales, estaban de oferta. –Sonriendo–. A ver si adivina quién se los regaló...

El agente Marco lo iba apuntando todo en una libretita.

–¿Chancletas, camiseta, toalla?

Mi abuela:

–Supongo, no me fijé.

–¿Sombrilla?

–Tendría que mirar si falta la nuestra...

–¿Fuma?

–¿Yo?

Dándose por vencido:

–Su yerno. Que si fuma.

–Ah, sí, claro que fuma. Puros bien gordos.

En la mente del agente Marco, seguro, la vieja excusa de «Salgo a por tabaco»; antes de cerrar su libretita y, chocando los talones en actitud marcial, despedirse con una promesa:

–Les mantendré informados.

El azul de las flores de los jacarandás

Porque seguíamos sin noticias de mi padre. Porque ni aparecía él sano y salvo ni su cuerpo aparecía tampoco. Porque las posibilidades crecían y se multiplicaban, como las razas de los hombres en la Biblia: un calambre, un desvanecimiento, un corte de digestión, un misterioso golpe de mar en un mar en calma, por no hablar de una corriente traicionera en un momento de despiste; y las fuerzas que fallan; y el cansancio que adormece.

Porque las horas empezaron a alargarse como plantas trepadoras a la conquista de muros y paredes y fachadas; también de algunas grietas en la cal.

Para alejarme de los suspiros de mi madre, que pautaban el tiempo con la cadencia del tictac de los relojes. Y porque mi abuela no paraba de decir: «Pero dónde demonios se habrá metido este hombre, Santa Cojona Bendita», como si a ella le importara y no estuviese disfrutando de haber durado más que él; y mientras lo decía, con ojos de investigador privado iba escrutando cada rincón de la casa, por si mi padre se hubiera escondido en el lavadero, en el cuarto de la plancha, en el armario de la ropa blanca. Santa Cojona Bendita.

Para poner un poco de distancia entre mi corazón y el río salvaje que me corría por las venas cada vez que pensaba en el agente Marco, a la italiana; si es que alguna vez, en algún momento de aquellos días, dejé de pensar en él.

Porque la impaciencia; porque la angustia; porque mis uñas mordidas. Y porque la tarde caía, soplaba el terral y el calor parecía consumir todo el oxígeno.

Porque era agosto, y en agosto no hay deberes que hacer ni lecciones que memorizar. O quizá porque, aunque en agosto no haya deberes que hacer ni lecciones que memorizar, en agosto, en Málaga, ya no queda ni rastro de las flores azules de los jacarandás cubriendo calles y plazas y avenidas.

Y porque aquel pájaro se moría.

Por todas estas razones volví.
Por ninguna de estas razones.

El cielo en un espejo

Las horas empezaban a alargarse en los relojes.

La espera, la tensa espera.

Hasta que:

–Yaya.

Era Curro; tendiéndole a mi abuela un gorrioncillo que, tras colarse por el lavadero, revoloteó por toda la casa y acabó chocando contra el espejo del salón. En aquel trozo de cielo por el que creyó poder seguir volando, el pájaro dejó un manchurrón de sangre. Como si en el azogue se hubiera abierto una herida.

–Yaya.

De haber podido hablar, de haber sabido hablar, las palabras de Curro habrían sido otras. «Haz algo.» «Ayúdale.» «Sálvalo.» Una sola palabra, «yaya», para expresar tantas cosas.

–Pero nene...

La Voz Cantante, de repente, enmudeciendo. Salvo por aquel:

–Pero nene...

Un suspiro de derrota.

Y Curro:

–Yaya.

«Tú, que todo lo puedes.»

–Verás... –Mi abueladudaba, sin decidirse. Hasta que formó con sus manos un nido en cuyo interior reposaba el pájaro; mi abuela, de improviso, convertida en un mago: tan juntas sus manos que ocultaban al gorrión. ¡Ale hop!

A mi hermano Bruno:

–Niño, traduce, que tengo las manos ocupadas.

Bruno salió de su sopor y enderezó los hombros, la espalda.

–Verás, Curro: el pajarito se va a quedar dormido –le iba explicando mi abuela. Mi hermano Bruno cerró los ojos y recostó la cabeza sobre la almohada de sus manos. Y mi

abuela—: El pajarito ha venido volando desde más allá del mar — y aquí mi hermano Bruno agitó unas alas imaginarias, hizo visera primero con una mano y después con la otra, y a continuación las movió con la cadencia de las olas—, así que ahora el pajarito tiene que descansar —decía mi abuela—. ¿O tú no quieres que el pajarito descanse? —Y Bruno, de nuevo, se hizo el dormido.

Embobado por aquella historia, Curro, que repartía su atención entre mi hermano Bruno y mi abuela, asintió muy serio. Cómo no iba a querer que aquel pajarito —su pajarito— se echara una siesta. Pues claro que sí.

Un goterón de sudor le resbalaba a mi abuela por la sien. Se lo secó con el hombro: sus manos seguían unidas, cobijando al gorrión. Protegiéndolo. Aunque en aquel día de terral abrasador, el pobre gorrión debía de estar asfixiándose entre las manos de mi abuela. Si es que no había muerto ya.

—Va a dormir un ratito; muy poco, la verdad, porque este pájaro parece desvalido, pero en realidad es fuerte y se repondrá enseguida —continuó mi abuela; y aquí mi hermano Bruno dejó de dormir y sacó músculo, en plan Popeye el marino soy.

Curro estaba fascinado. No, fascinado, no: lo que estaba Curro era hipnotizado. Nuestra abuela iba a curar a su pajarito; y sin varita mágica.

Yo no podía apartar la vista de las manos de mi abuela, que no se despegaban la una de la otra. Aprisionando al gorrión. Como una jaula. Como un cepo. Con aquel calor insoportable, las manos de mi abuela, una estufa que alguien se ha dejado encendida horas y horas y pronto prenderá una cortina, la habitación, la casa entera. Curro también las miraba, no se perdía detalle. Las manos de mi abuela. El escondite perfecto para aquella ave moribunda en vías de resucitar. Abracadabra.

—Curro, ayúdame a contar hasta cinco —le pidió mi abuela.

Bruno marcó el ritmo alzando los dedos: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Y Curro, ansioso por colaborar, levantó el primer dedo.

–Uno –coreó mi abuela. Sus manos, pegajosas de sudor, apretando.

Curro mostró dos dedos.

–Muy bien. Pero no cuentes tan deprisa, Curro. Ve más despacio, hay que darle tiempo al pajarito. –Y Bruno, con mímica, le pidió calma.

Nuevo asentimiento de Curro. Una pausa. Tres dedos en alto.

–Exacto, tres. –Sonrisa de Curro. Sonrisa de mi abuela. Sus manos apretando, estrujando. Acelerando la muerte, piadosas.

Curro. Cuatro dedos.

–Ya casi estamos. –Las manos de mi abuela acabando con el sufrimiento de aquel gorrión. Y dirigiéndose a mí–: ¿No tienes mucho calor? Yo me estoy asando. Abre la ventana.

Una orden extraña en un día tan caluroso: cuando sopla el terral no queda más remedio que cerrar las ventanas. El lavadero, por donde se había colado aquel gorrión, la única pieza de nuestra casa que no tenía ventana.

Como yo no me movía, mi abuela bajó la voz; su tono, cortante, seco, imperativo:

–¿A qué esperas? Vamos, espabila, no tenemos todo el día. ¡Abre la ventana!

Obedecí.

La mano de Curro. Cinco lobitos.

–¡Y cinco! ¿Ves, Curro? ¡Ya está! –anunció mi abuela. Pero Curro no veía nada; nada que no fueran las manos de mi abuela obrando lo que él creía el milagro de la sanación. Y tras acercar una oreja al nido que formaban sus manos, mi abuela fingió escuchar una vocecita que salía de allí dentro. Un cabeceo de asentimiento, dos cabeceos, tres. «Ajá, claro que sí», parecía dar a entender mi abuela. A Curro–: El pajarito ya

está listo para continuar su viaje. –Sonrisa de mi abuela. Enorme sonrisa de Curro.

Y diciendo esto, mi abuela se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Tan rápido que ninguno de nosotros reaccionó. Mi abuela entonces separó las manos, lanzó al pájaro fuera y gritó:

–¡Míralo, Curro! –Señalando una nube, el sol, el cielo—. ¡Mira cómo vuela!

Curro miró hacia arriba; más arriba; más. Y me apuesto lo que sea a que no miraba las nubes, ni el sol, ni el cielo; me apuesto lo que sea a que seguía con la mirada el vuelo de su pájaro sin percatarse de que su pájaro caía al suelo en picado, muerto.

Pero él lo vio volar.

Cuando, con el permiso de papá y mamá, internamos a mi hermano Curro en una residencia, tardamos un tiempo prudencial en ir a visitarlo. Para que se fuera acostumbrando a su nueva vida.

Mi hermano Curro, la primera vez que lo visitamos en la residencia, preguntándonos muy preocupado qué ocurría. Si papá y mamá habían muerto.

Aquella pregunta me sobrecogió.

Años después, cuando murió papá, no nos atrevimos a decírselo. Tardamos en contárselo siete, ocho días. Pasado el funeral.

No sabíamos cómo decírselo porque no sabíamos cómo reaccionaría. Hasta que una tarde mi madre, mis hermanos y yo decidimos llevarlo al cementerio. Los cinco en el coche como quien va de excursión al campo.

Acojonados; mi madre, mi hermano Sebas, mi hermano Bruno y yo íbamos acojonados.

En el cementerio, ante la tumba de nuestro padre y sin parar de sonreír, como si en vez de una mala noticia le estuviéramos dando una noticia estupenda, le explicamos a Curro por señas que papá había muerto de un infarto.

Señalando la lápida de papá: «Su cuerpo está aquí». Señalando una nube cualquiera: «Su alma está allí».

Mi hermano Curro mirando la lápida de papá, mirando la nube de papá, mirándonos a nosotros.

Si quería rezar, le preguntamos.

Rezar, para mi hermano Curro, consiste en juntar las palmas de las manos y poner los ojos en blanco, como en éxtasis. Simplemente. Porque como mi hermano Curro no sabe hablar, tampoco sabe rezar. Pero a él le vale así.

Tardó en reaccionar, asimilando despacio, supongo, la muerte de nuestro padre y aquella nueva información: el cuerpo de

papá dentro de un nicho, su alma en una nube.

Temimos que mi hermano Curro se echara a llorar. Pero no. Tras una pausa, y con cara de pena, nos preguntó por señas si ya no íbamos a ir al cine nunca más.

Le tranquilizamos y le dijimos por señas que no se preocupara, que claro que seguiríamos yendo al cine.

Mañana mismo.

Di vueltas por la ciudad bajo aquel sol que casi había derretido las alas del pobre gorrión. Málaga era una llama.

Los suspiros de mamá competían con el tictac de los relojes, cuyas agujas marcaban un tiempo nuevo o el mismo tiempo de siempre pero con ligeras variaciones: las cuatro en punto sin papá, las cinco y cuarto sin papá, las seis y media sin papá. Las siete menos cuarto y quién sabe.

El aire dentro de nuestra casa se había ido solidificando. Costaba respirarlo. Y decidí salir de allí.

Podría haber buscado refugio en la oscuridad de un cine, en compañía de Ray Bolger, de Jack Haley, de Bert Lahr; en compañía, incluso, de Sigourney Weaver, de Vivien Leigh, de Hattie McDaniel o de una de esas actrices que tanto le gustaban a mamá: Greta Garbo, Marlene Dietrich. El cine de los domingos, aquella tarde de agosto en el desierto.

Jueves, era jueves, aunque finja que la memoria me falla; que se atasca; que vacila.

O podría haber ido a casa de algún amigo. O haberme acercado hasta la orilla del mar. Pero no sé por dónde anduve. Sólo recuerdo que los árboles no proyectaban sus sombras sobre el suelo, como si el asfalto las absorbiera nada más posarse en él. Un escándalo de chicharras, también eso recuerdo; chicharras por todas partes. Y que era incapaz de olvidar las manos de mi abuela ocultando, aprisionando, apretando. O la cara de felicidad de mi hermano Curro, que aún pasearía la mirada por las alturas con la esperanza de avistar a su pajarito. Haciendo un nido, quizá. O posado en la rama reseca de algún jacarandá.

Y no es que de repente abriera yo los ojos, no, porque los llevaba abiertos. Pero cuando quise darme cuenta, cuando tomé conciencia de que caía el sol y empezaba a anochecer, iba en un autobús camino del territorio de mi primera infancia.

La Cuesta de los Ahogados.
El antiguo Pico de las Ánimas.

Cuando murió mamá, también tuvimos miedo de decírselo a Curro; miedo, sobre todo, de que durante el entierro se abrazara al féretro hecho un mar de lágrimas. Menuda escena.

Le dimos la noticia después del funeral; varias semanas después del funeral.

Mis hermanos y yo lo recogimos en su residencia y lo llevamos al cementerio. Acojonados; mi hermano Sebas, mi hermano Bruno y yo volvíamos a estar acojonados.

En el cementerio, ante el nicho de nuestra madre, le anunciamos que mamá había muerto. «Está con papá», le explicamos; y señalando al cielo. «¿Ves aquella nube? Pues aunque su cuerpo está aquí, su alma está justo allí.»

Mi hermano Curro tardó en reaccionar, asimilando despacio, supongo, la muerte de mamá y aquella increíble novedad: el cuerpo de mamá dentro de un nicho, su alma junto al alma de papá, en una nube. La misma nube en la que, espachurrada en compañía de mamá y de papá, quizá estuviera también nuestra abuela.

«¿Quieres rezar?», le preguntamos a mi hermano Curro.

Él negó con la cabeza. No juntó las palmas de las manos ni puso los ojos en blanco, como en éxtasis.

Luego, por señas, nos preguntó con cara de decepción si ya no podíamos ir a la playa nunca más.

Claro que seguiríamos yendo a la playa, le dijimos. Y de paseo. Y a comer y a cenar donde le apeteciera. Y al parque de atracciones Tívoli. Faltaría más.

Mi hermano Curro sonriendo. Mamá borrada de su mente de un plumazo, al igual que papá unos años antes.

Y nosotros, ¿eso que sentimos entonces era alivio?

Mientras el autobús ascendía por aquellas calles en cuesta, yo me imaginaba al agente Marco, a la italiana, de patrulla por la playa tras la pista de mi padre, su uniforme azul oscuro impecablemente limpio, las rayas de la camisa y de los pantalones tan marcadas por el filo de la plancha de su madre o de la patrona de su pensión que la tela podría pasar por nueva, si es que no lo era, las botas reglamentarias en la punta de los dedos para que no se le mojaran y durasen más, el cuero embetunado la noche anterior o esa misma madrugada, y en el interior de las botas, los calcetines no hechos un gurrño sino doblados con delicadeza, qué cuidadoso, el agente Marco, un tipo responsable y cumplidor de las ordenanzas, cómo aprieta el calor y, sin embargo, su camisa abrochada desde el primer botón; quizá –porque no todo va a ser perfecto– un poco estrecho el diámetro del cuello de la camisa del agente Marco, que le aprisiona la nuez cuando, en su descenso por la garganta, choca contra ese primer botón antes de subir de nuevo, veloz, como impulsada por el martillo de los forzudos de las ferias, clonc, cuanto más alto, mejor el premio: un osito de peluche, un balón, una Mariquita Pérez; a la luz del sol poniente, el brillo de las esposas del agente Marco colgando de más abajo: de una de las presillas traseras de sus pantalones, el metal entre destellos que deletrean órdenes en lenguaje morse: «Acércate, acércate, de qué tienes miedo, acércate».

No es que se me hubiera olvidado la llave, es que no se me pasó por la cabeza pedírsela a mi abuela antes de salir de casa porque, sencillamente, yo no sabía que subiría hasta allí. No fue una decisión meditada: la tomé sobre la marcha, inconscientemente. Hoy, miles de años después, creo que ni siquiera fue eso. Una decisión.

Y sin embargo, pese a no llevar la llave en el bolsillo, no me costó entrar: ni un solo cristal permanecía intacto. Todo eran mellas, esquirlas de vidrio, bordes afilados. Me bastó con meter la mano, tantear el marco de madera, descorrer la falleba de una de las ventanas. Ya estaba dentro.

El calor era más intenso que en la calle. Si la de fuera era una temperatura abrasadora, la de dentro reproducía la idea que yo tenía de los trópicos. Para completar la imagen, faltaba que del techo cayesen espesas cortinas de agua; el griterío de aves exóticas sobrevolando el cielorraso; algún que otro mono haciendo cabriolas entre alaridos. ¿He dicho ya que corría el mes de agosto, que soplaba el terral, que yo tenía trece años?

Decidí respirar por la boca. Olía a polvo, a humedad; y a ese olor penetrante que desprenden las catedrales mientras las recorremos por dentro. A piedra, a moho. Olía como en mi fantasía debía oler la Pensión Terminal. Exactamente igual.

Moverme por allí me resultó difícil: a la negrura de aquella noche sin luna había que sumar que habían cortado la luz. Además, desde que mi abuela se vino a vivir con nosotros, no había vuelto por el Pico de las Ánimas; «del Purgatorio», añadió mi memoria, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Nada estaba donde yo lo recordaba. Era como si hubiesen cambiado las cosas de sitio. Por fastidiar. Para divertirse. Algún fantasma, quizá. El de la Perruna. El de la Top Secret.

¿Qué tonterías se me estaban ocurriendo? Ni la Perruna ni la Top Secret habían muerto; al menos, mi abuela no nos había

informado al respecto. Pero ¿y uno de los espectros que la riada de 1907 desenterró? Es posible que fuesen tuyas las pisadas que oía. Parecían acortar distancias, un eco cada vez más cercano. En cualquier momento alguien –algo– reclamaría mi atención con unas palmaditas en la espalda antes de aclararse la garganta. «¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?»

Calma, calma.

En aquella casa en tinieblas los muebles daban la impresión de haber crecido de tamaño, conquistando todo el espacio. A medida que iba tanteando la oscuridad con la puntera de los zapatos, mis manos se convirtieron en las manos de un ciego, palpando, descubriendo, reconociendo. La mesa camilla, el brasero de picón con el que nos calentábamos en invierno, la mecedora, que me mordió en un tobillo. La plancha de hierro, la caja de cartón donde mi abuela guardaba nuestros indios y nuestros vaqueros, la orza del chorizo en manteca, ahora vacía. Mi primera infancia.

Y de repente mis dedos tropezaron con la vieja postalita del Pico de las Ánimas.

Sonreí. Qué mejor regalo para mi abuela.

Y ya era tarde cuando el autobús comenzó su descenso, la vieja postalita del Pico de las Ánimas doblada con esmero en el bolsillo trasero de mis pantalones, mis manos sucias de polvo, mi cabeza contra el cristal de la ventanilla, donde el vaho de mi respiración ocultaba el paisaje de aquellas calles en cuesta a merced de un terral que, de haber sido esa la noche del 24 de septiembre de 1907, habría secado el maremoto cuya violencia, según mi abuela y la Perruna, transformó el Pico de las Ánimas en la Cuesta de los Ahogados. Y mientras el autobús emprendía el que probablemente fuera su último trayecto del día, yo me imaginaba al agente Marco en la playa, inspeccionando a la luz de una linterna caracolas y estrellas de mar y cadáveres de medusas que la marea arrastra y cambia de sitio, atento el agente Marco, minucioso, sin perderse detalle, por si mi padre estuviera debajo, encogido, escondido dentro de una concha, oculto en un pegote de alquitrán o entre las piedras de la orilla; nunca se sabe, piensa el agente Marco, que levanta por una punta la espuma de las olas para echar un vistazo, como si se tratase, la espuma de las olas, de una alfombra que retiras sujetándola de un extremo, aquí tampoco está, habrá que seguir buscando a pesar de lo avanzado de la hora, ¿las once y media?, ¿las doce menos cuarto?, y se arma de paciencia el agente Marco antes de alejarse dejando tras de sí un rastro de huellas que las olas se apresuran a alisar y borrar, por aquí no pasó nadie, ni estos ni otros pies descalzos, nunca; los bajos de los pantalones del agente Marco remangados en una vuelta, dos vueltas, tres, quiera Dios que no los empape el agua, de lo contrario, menudo estropicio, llegar a la comisaría chorreando y convertirse en el hazmerreír de los veteranos que estén de guardia; los tobillos del agente Marco al aire, finos, afilados, los tobillos del agente Marco frágiles, o así los soñaba yo, el vello de sus tobillos humedecido por la espuma de las olas, casi rubio

el vello de sus tobillos, pegado a esa piel morena donde la sal del mar empieza a cristalizar, a la espera de que me acerque y abra en ella mis labios, mi lengua, mi boca, la piel del agente Marco tostada como la piel de los gitanos o como la piel de las estatuas de bronce de los libros de historia.

Qué intoxicación, el agente Marco. Pensando en él, me quedé dormido.

Lo que me despertó no fue el movimiento del autobús, su bamboleo: lo que me despertó fue la falta de movimiento. El ruido del motor al enfriarse. Esos chasquidos.

Pegué un brinco. ¿Qué era aquello? ¿Dónde me encontraba?

Tenía todo el aspecto de ser un hangar. Una cochera que, al atisbar por la ventanilla, me pareció abandonada.

Conté hasta cien, hasta doscientos. Hasta mil conté, pero no vi a nadie por allí cerca a quien pedir ayuda. Ni un guardia de seguridad, ni un vigilante.

¿Cómo era posible que las personas que viajaban en el autobús no hubiesen visto a aquel chico solitario que se había quedado dormido? ¿A ninguna se le ocurrió acercarse y zarandearlo? «Eh, muchacho, espabila. Última parada.»

Los viajeros se habrían ido apeando; y al llegar al final del trayecto es probable que ya no quedara nadie. Nadie que no fuese yo.

No, ningún viajero reparó en mí; tampoco el conductor. Quizá por haberme sentado en la parte trasera del autobús.

A pesar de que no llevaba reloj, intuí que sería tardísimo. Las doce y media, la una; más tarde, incluso. En casa, pensé, estarían subiéndose por las paredes, angustiados. Una nueva desaparición que sumar a la de mi padre.

Para entonces, mi corazón ya no en el pecho; para entonces, mi corazón en los oídos. Y qué minutos tan largos. El silencio roto por pequeños ruidos metálicos, como de muelles que se destensan. Cling. El metal dilatándose.

¿Qué podía hacer? ¿Gritar con todas mis fuerzas? Descartado: quién me oiría. ¿Pasar la noche dentro del autobús? Ni muerto. Romper la ventanilla de socorro estampando contra ella el martillito de las emergencias parecía la mejor solución. La única. Y luego, dar un salto y aterrizar en el suelo, pedirle a Dios –por favor, por favor– que la cerradura

de la cochera no estuviese bloqueada con llave o con un candado, y orientarme en la noche. Y correr hasta llegar a casa. Y tranquilizar a mi familia. Y olvidarlo todo.

Cling.

Cuando mi vista se acostumbró a la oscuridad, descubrí que no estaba solo en aquel autobús cuyo motor se iba enfriando entre chasquidos; aquel autobús que era un horno, aunque lo único que yo sentía era frío. Miedo.

En la parte delantera del autobús, encerrado conmigo, había alguien más. Una figura. Sentada de espaldas a mí. ¿Mirándome por el retrovisor?

Forcé la vista.

Había alguien más, sí. En el asiento del chófer. Un hombre. Al volante, supuse. Inmóvil, extrañamente inmóvil. Como a la espera. O dando una cabezada.

¿Una cabezada? Casi se me escapa la risa: el conductor también se había quedado traspuesto, qué casualidad.

Quise llamar su atención:

–¿Señor?

Cuánta educación en una sola palabra. «Señor.»

La voz no me salía, tenía la boca pastosa. Así que avancé hacia él.

–Me tengo que bajar –anuncié, lamentando tener que interrumpir su sueño. Pero él no estaba dormido, no, porque giró el cuello y me observó. De arriba abajo. Atentamente.

¿Sonriendo?

Carraspeé aliviado; y mientras mi corazón iba recuperando su ritmo normal, repetí, ahora más fuerte:

–Me tengo que bajar.

Pero no me bajé.

Finales

Cuando las puertas de aquel autobús se abrieron por fin, me había convertido en el Chico Invisible. Porque al llegar a casa tampoco nadie me vio; tampoco en casa supieron verme.

Mi familia no supo o no pudo ver más allá de mi cara descompuesta, de mi lividez, de mis ojeras. Los nervios del momento, debieron de pensar; lo normal en estos casos.

No les llamó la atención mi camiseta rasgada –la camiseta de mi tocayo Luke Skywalker, que hice desaparecer al día siguiente y luego fingí haber perdido–; y si se fijaron en los moratones de mis brazos, seguro que menearon la cabeza: «Bah, unos cuantos arañazos». En cuanto a mis calzoncillos manchados, los lavé a escondidas esa madrugada y otras muchas madrugadas. Hasta que dejaron de teñirse de rojo.

No, nadie de mi familia me vio realmente. Ni entonces ni en los días posteriores. A pesar de mi falta de apetito, de mis pesadillas, de mi insomnio. Mientras mi corazón se iba volviendo de piedra y yo empezaba a vivir hacia dentro. En la vergüenza, en el secreto, en el silencio.

La única que demostró algo de interés fue mi abuela, pero sólo vio lo que quería ver: la vieja postalita del Pico de las Ánimas que yo había sacado del bolsillo trasero de mis pantalones y le tendía. El mismo gesto con el que mi hermano Curro le ofreció su gorrioncillo.

«Tú, que todo lo puedes.»

Ayúdame.

Mírame. *Mírame bien.*

La cartulina de la Cuesta de los Ahogados, maltrecha y sucia; por el polvo con el que marca su paso el tiempo, creería ella. Si hubiera sabido...

Mi abuela. Cosa rara, sonriendo. De oreja a oreja.

Ni un beso de gratitud me dio al quitármela de las manos, tanta prisa tenía; no la culpo: con aquella lámina recuperaba la

ilusión. Su pasado.

También yo había tenido prisa al bajarme del autobús en el que, aunque hayan pasado miles de años, sigo atrapado. Corrí despavorido, sin ser consciente de por dónde andaba, cruzando calles sin mirar. Semáforos en rojo, frenazos, gritos de protesta, insultos; y una vena latiéndome en la sien a dos mil pulsaciones por minuto, a tres mil, a cuatro mil pulsaciones por minuto, a punto de estallar mi corazón, mis pulmones una fragua incandescente. Tanto miedo. Me dolía todo el cuerpo, me costaba respirar. Y el aire no se movía.

Horas después, al contemplar mi casa desde la acera de enfrente, me sentí desfallecer: las luces estaban encendidas. La del salón, la del dormitorio de mis padres. Señal de que mi familia permanecía en vela. Esperándome, preocupada.

El ascensor era demasiado lento y no tuve paciencia: subí por las escaleras. Peldaño a peldaño, fui secándome las lágrimas, arreglándome el pelo lo mejor que supe y la ropa lo mejor que pude, limpiándome con saliva algunos cortes. Preparando mi coartada, mis excusas, mis mentiras. Mi ficción. Si hubo algún momento de mi vida en el que puse los cimientos para convertirme en escritor, fue ese. Aquella noche, aquella madrugada de terral. Hace miles de años. En otra vida. En otra era. El holoceno. El pleistoceno. El plioceno.

Me había encontrado con un antiguo profesor y... Eso les contaría, eso es lo que les contaría: que me había topado con un antiguo profesor. Don Miguel. Don Matías. Como yo era un estudiante modélico, mamá no pondría en duda mis palabras. Aunque del rapapolvo por no haberla avisado, desde una cabina o desde la casa del profesor, nadie me iba a librar. Ni de algún reproche: cómo se me había ocurrido añadir más angustia a la angustia que le causaba la desaparición de mi padre. «Egoísta, mal hijo.»

El descansillo estaba iluminado, la puerta principal de nuestra casa abierta de par en par. Oí voces excitadas. La de mi

hermano Sebas, la de mi hermano Bruno; alguna más que no reconocí. ¿El padre de los Múlez? También, de fondo, la de mamá hablando muy deprisa, nerviosa, sin parar.

El agente Marco me salió al paso. Mis piernas flaquearon. Era peor de lo que sospechaba: la policía había empezado a buscarme.

Me quedé petrificado ante el agente Marco. Que al ver mi cara de susto, dijo:

–Tranquilo, tengo buenas noticias. Tu padre ha aparecido.

Y como yo no reaccionaba:

–Hemos encontrado a tu padre. Sano y salvo.

Jamás averiguamos qué le había ocurrido a papá, dónde estuvo. Lo encontraron en Zahara de los Atunes, dando tumbos por la playa. Un borracho, debió de pensar el matrimonio de turistas belgas que, pese a su recelo inicial, decidió acompañarlo hasta el cuartelillo de la Guardia Civil; más por quitarse el muerto de encima que por haberse apiadado de él, la verdad. Lástima; si en vez de belga aquel matrimonio hubiera sido español, su yerno se habría quedado para siempre en tierras de Cádiz, apuntaba mi abuela con un rictus de fastidio en los labios.

Papá permaneció sentado durante horas en una de las dependencias del cuartel mientras intentaban redactar el atestado. ¿Nombre, domicilio, teléfono, profesión? Él ni siquiera pestañeaba. Un médico le examinó: alguna quemadura solar sin importancia, amnesia, agotamiento. Pero borracho no estaba, certificó el doctor; lo que estaba mi padre era confuso, aturdido. ¿Qué hacía allí, cómo había llegado? ¿Caminando descalzo? ¿A dedo, como la Chica de la Curva? Y con su bañador por toda indumentaria... Un misterio. Y mi abuela: «Quién sabe, lo mismo aterrizó a bordo de un ovni, que ahora están muy de moda».

Le sacaron una foto que los agentes retransmitieron por fax a las comisarías de la zona y de las provincias más próximas. Así fue como el agente Marco reconoció a mi padre: en una borrosa imagen en blanco y negro en la que no parecía él, parecía el Lute.

Tardó unos meses en recuperar la memoria; y no volvió a ser el que era, guasón, impertinente, hasta la muerte de mi abuela, un año después. Y nunca –nunca– habló de aquellos días de agosto.

¿Se golpeó la cabeza contra una roca al zambullirse en el agua y perdió el conocimiento? ¿Sufrió un mareo que lo tuvo medio ahogado? ¿Lo arrastró la corriente, que en eso el

Mediterráneo es muy traicionero, y, cuando quiso poner un pie en la orilla, ya estaba en las costas de Cádiz, víctima de una insolación, desorientado? O lo que era peor: ¿se le había metido entre ceja y ceja abandonar a su mujer, a su familia, pero recapacitó? ¿Decidió echar una canita al aire y, al ver que se le iba de las manos, puso en marcha aquel plan estrambótico? Recuerdo bien las palabras de mi abuela: «Imposible, el coco no le da para tanto».

Y aunque recuperó la memoria y volvió a ser el que era, en ocasiones se quedaba en silencio, absorto, y perdía la mirada lejos, como en otro mundo. «Es sólo cuestión de tiempo», nos tranquilizó el médico que le visitó en casa. «Nada grave.»

Mi padre. Aquella noche, con el barullo de su regreso, mi ausencia pasó desapercibida.

1906

Quizá no había pinos; quizá no había eucaliptos ni cipreses; quizá lo único que había eran higueras, o tampoco. Quizá mi imaginación haya añadido todos esos árboles y cualquier similitud entre mis recuerdos y la realidad sea pura coincidencia; porque desde que mi abuela, a regañadientes, se vino a vivir con nosotros, sólo una vez, una sola, volví a pisar aquel territorio infantil que poco a poco fui tratando de olvidar, y es posible que mi fantasía haya terminado sustituyendo la Cuesta de los Ahogados, el antiguo Pico de las Ánimas, por la vieja postalita con la que mi abuela decoró el que había pasado a ser su dormitorio en nuestra casa, aunque a su destierro, como ella lo llamaba, lo único que se trajo consigo fue algo de ropa, un retrato en sepia de su marido, la olla del potaje, pero no la postal de aquellas calles cuyos colores el tiempo ha ido apagando: el verde de los pinos o los eucaliptos o las higueras –cipreses no son, qué van a ser cipreses–, el blanco de la cal de las fachadas, el azul del cielo y el azul del mar, las tejas de un encendido rojo sangre, hoy marrones como el polvo que levantan a su paso dos borricos mal dibujados que inician el ascenso hacia un puñado de casas en la lejanía; y mi abuela achinando los ojos para ver mejor, convencida de que alguna de ellas era la suya, tenía que serlo, su casa, de la que no pudo sacar ningún mueble, pues sus muebles no cabían en la nuestra, demasiado enormes, sus muebles, demasiado desvencijados. Trastos, según papá; chatarra. Sólo algo de ropa se trajo consigo mi abuela, la olla de potaje, un retrato en sepia de su marido que ella colgó en el mejor lugar de su alcoba: sobre el cabecero de la cama; el mismo sitio que luego ocuparía la lámina que, en los días posteriores a la desaparición de papá, cuando las horas comenzaron a alargarse en los relojes y el tiempo se te iba en esperar, recuperé para ella. Antes de que el corazón se me secase. Mi abuela miraba hipnotizada la cartulina

del Pico de las Ánimas, en la que seguían marcados los dobleces que le hice para poder guardarla en el bolsillo trasero de mis pantalones; la estudiaba detenidamente, creyendo reconocer en una de aquellas casas, su casa, y en uno de los dos jinetes, a su marido, mi abuelo; pero cómo iba a ser él, qué desvarío. Mi abuela pidiendo que forzaras la vista, su índice tap-tap-tap sobre la postalita, como si fuese una de las cartas del tarot de la Perruna y su significado estuviera clarísimo: «¿No lo ves?, ¿pero no lo ves?, a lomos de una montura va tu abuelo, decidido, orgulloso, como la tarde en que, de novios, me llevó hasta allí arriba y me mostró dónde íbamos a vivir; y yo horrorizada: qué feo, el Pico de las Ánimas, tan aislado y a trasmano. Ay, quién me iba a decir que llegaría un momento en que no lo cambiaría por nada», la Cuesta de los Ahogados el único sueño de su vejez, una obsesión, los dos jinetes del dibujo a punto de cruzarse con tres labriegos que bajan a pie hacia la bahía, hacia la orilla, hacia las rocas y lo que mis hermanos y yo asegurábamos que era un chiringuito, un merendero; una construcción de cañas que sería, supongo, un malecón, pero quién sabe lo que era en realidad, tap-tap-tap, «Fíjate bien, ¿ves a tu abuelo?, ¿a que ahora lo ves?», y al fondo de la postal y del paisaje, Málaga, el puerto, el faro. Mi abuela nunca quiso ponerle un marco a aquella cartulina; le gustaba así, «monda y lironda», colgada de un cordelito. La descolgaba, le daba la vuelta y comprobaba la fecha, 1906. Aún no había escrito en el reverso: «No me olvides, no te olvides de mí». Cómo podría. Y hoy, miles de años después de su muerte, cuando el olor de las higueras de las tardes de mi infancia me desvela en las negras madrugadas, así me la imagino: descolgando la postal, dándole la vuelta, comprobando la fecha; pasándole los dedos por encima como si leyese en braille. Suspirando: «Mil novecientos seis», el año emborronándose a medida que ella lo acaricia una y otra y otra vez con las yemas de los dedos, y por lo tanto 1906 puede que 1916, y sus muebles prehistóricos languideciendo en

el Pico de las Ánimas sin que nadie les quite el polvo y los
abrillante; 1906 puede que 1926, y los suelos de su casa en
aquellas calles en cuesta cada día más sucios y pegajosos;
1906 puede que 1936, y las sombras adensándose en los
rincones mientras la felicidad se va convirtiendo en otra cosa; en
un recuerdo.

Sol Poniente

Antonio Fontana

Esta novela fue galardonada con el XI Premio Málaga de Novela concedido el 8 de noviembre de 2017 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga.

Formaron parte del jurado Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz Pérez, Ignacio F. Garmendia, Antonio Orejudo, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Antonio Fontana, 2018

(Autor representado por la Agencia Literaria Ángeles Martín)

© Fundación José Manuel Lara, 2018

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

www.fundacionjmlara.es

www.planetadelibros.com

Maquetación y diseño: milhojas. servicios editoriales

Imagen de cubierta: iStock. Getty Images

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2018

ISBN: 978-84-15673-84-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: IC Editorial

www.iceditorial.com



